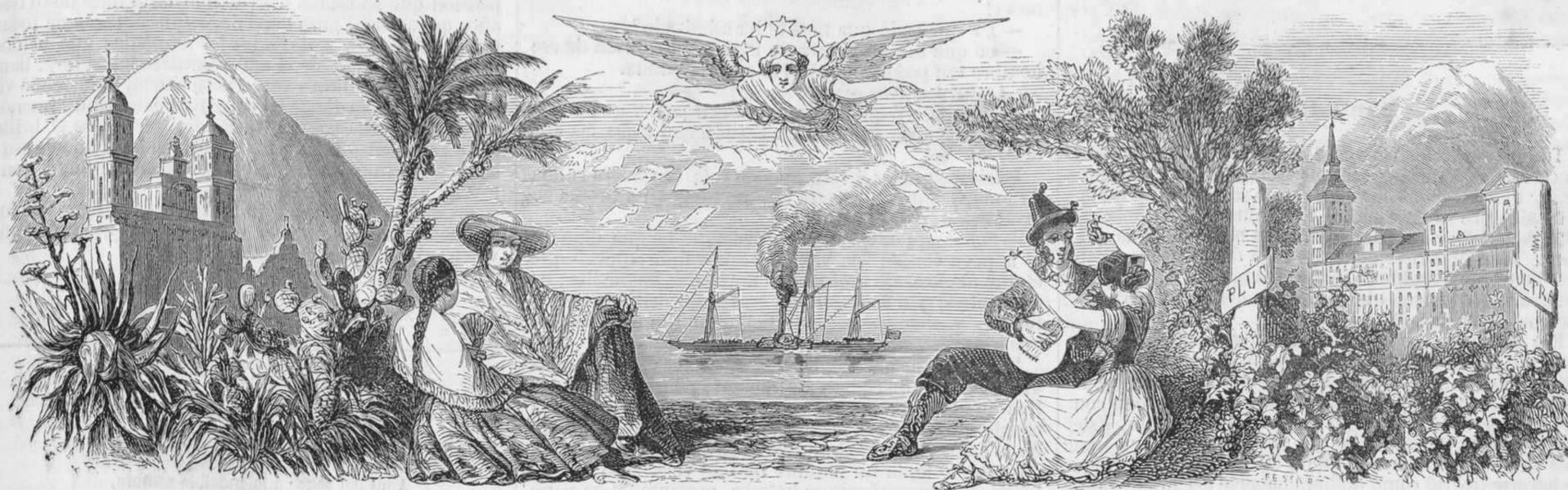


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 47.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Retratos de los príncipes Mentchikoff y Paskewitch; grabados. — Bandolina. — Leyendo á Horacio. — El valle de Josafat; grabado. — Dinamarca. viaje del rey Federico VII á la isla de Moen; grabados. — Historia de la semana. — Muerte trágica de un desconocido. — Viajes por los rios de América; grabados. — Un secreto perdido. — Nuevo palacio del Sultan sobre el Bósforo; grabados. — Traslacion de las reliquias de san Piat; grabado. — Un buen chasco. — Influencia de las habitaciones. — Revista de la moda. — Recuerdos de un viaje á la California; grabado.

Retratos

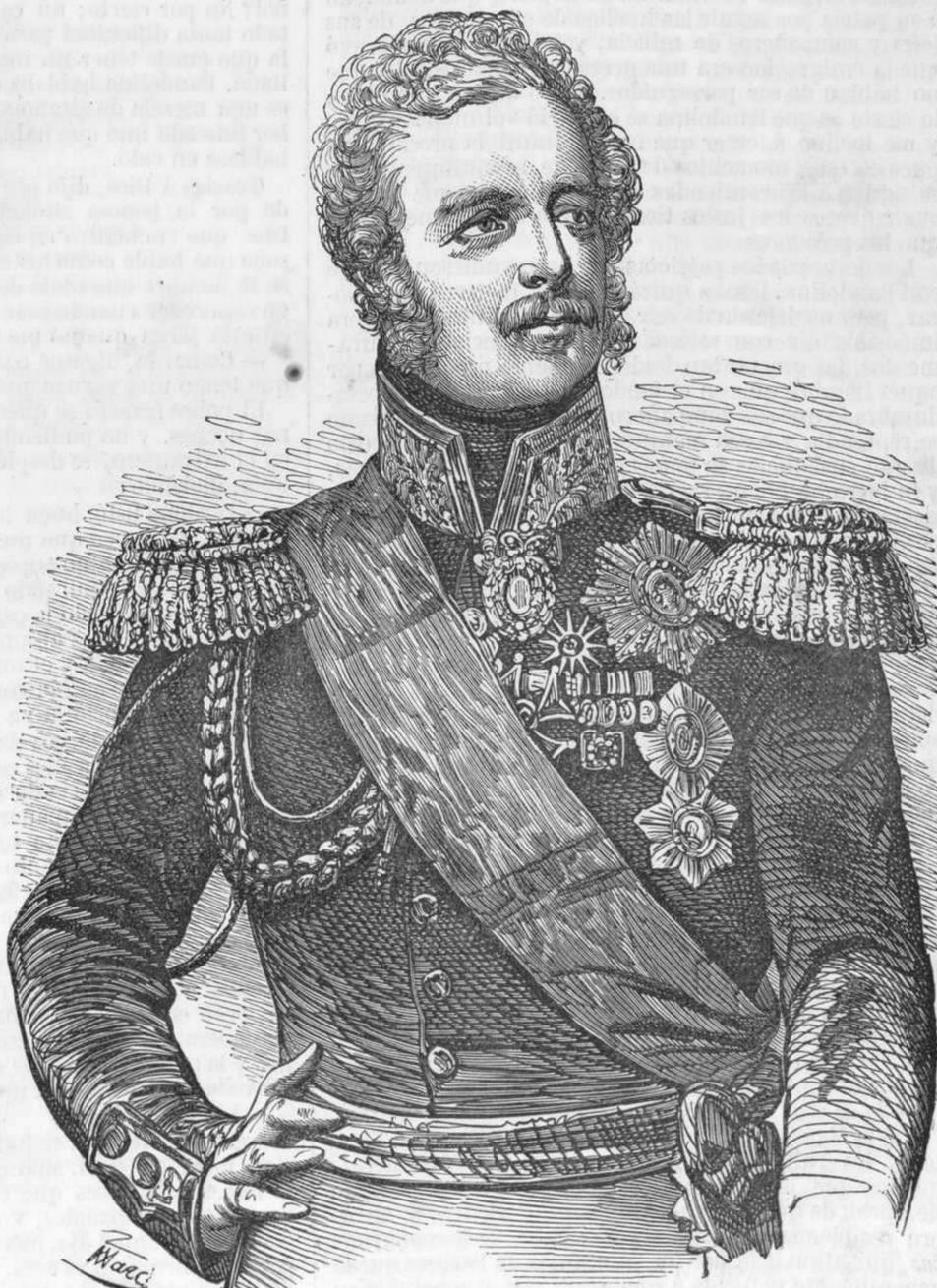
DE LOS PRÍNCIPES MENTCHIKOFF Y PASKEWITCH.
Encendida ya la guerra en Oriente, creieramos fal-

tar á uno de los principales puntos de nuestro programa periodístico si no diesemos un lugar preferente en nuestras columnas á todo lo relativo á esos países donde se realizan hoy hechos de grande consideracion para las páginas de nuestra historia contemporánea. La cuestion pendiente entre la Rusia y la Turquía parece debe decidirse únicamente por las armas, y en esta complicacion, la mas terrible de las que han agitado el mundo despues de las guerras del Imperio, contamos dar cabida en nuestra publicacion á los principales actos del drama militar que pasa en este momento en Oriente con todo lo concerniente al teatro de la guerra. Por este motivo hacemos figurar hoy á la cabeza de nuestro número al negociador ruso cuya mision provocó la crisis actual, y al general encargado de sostener contra la Puerta Otomana la contienda de su soberano y de su país.

Todo el mundo conoce ya las circunstancias que mediaron en las negociaciones que entabló el príncipe Mentchikoff en Constantinopla, y por eso creemos inútil insistir aquí en ellas. En cuanto al mariscal Paskewitch, diremos su biografía en dos palabras: sus primeras armas las lutió en el Cáucaso, en esa guerra terrible que dura hace mas de cincuenta años, y que tan fatal ha sido en varias ocasiones para las armas rusas, aunque la política moscovita tiene buen cuidado de no publicar en Europa sino los boletines de sus triunfos, y nunca los de sus derrotas. Pero donde Paskewitch se distinguió mas fué en la guerra de 1828 con los turcos, guerra que dió por resultado el tratado de Andrinópolis. El mariscal Paskewitch fué nombrado gobernador de Varsovia, combatió tambien en Hungría en la última campaña, y hoy parece haber sido llamado de nuevo contra sus antiguos enemigos de 1828.



El príncipe Mentchikoff.



El mariscal Paskewitch.

Mentchikoff y Paskewitch son dos personajes de los principales del imperio ruso; el uno es ministro de marina, y el otro feld-mariscal; ambos son príncipes, y ambos disfrutaban de una confianza ilimitada por parte del emperador Nicolás.

Bandolina.

Todas las convulsiones políticas cualesquiera que sean su carácter y tendencias producen algo, y este algo puede ser más o menos elevado, más o menos importante, pero siempre es original. La revolución española de 1820 dejó brillar á algunos hombres notables en la tribuna, la contra-revolución de 1823 dió al poder algunos hombres dotados de cierta energía de alma, y la emigración consiguiente á la caída del sistema constitucional produjo á *Bandolina*.

Era *Bandolina* un andaluz de lo más terne y cerrado que produce la tierra de María-Santísima, torero de oficio, que tenía mucho partido aunque nunca había pasado de una medianía, y agradaba á todo el mundo con su conversación aunque no sabía leer y escribir. Este buen hombre, sin saber tal vez porque debía dar á una cosa la preferencia mejor que á otra, tuvo el capricho de hacerse liberal como pudiera haberse declarado absolutista, y es sabido que los hombres meridionales, siempre entusiastas, siempre dóciles á los impulsos de la pasión, aborrecen las medias tintas y las situaciones ambiguas, razón por la cual nuestro héroe *Bandolina* se afilió desde luego en la fracción más exaltada del partido liberal.

Esto es muy frecuente como llevo dicho en los climas meridionales: la gente del pueblo toma con calor las cuestiones más graves sin comprenderlas: hay hombre que se bate como una fiera y muere en un patibulo por absolutista cuando sus instintos son casi demagógicos, y á la inversa, tal vez hay quien se bate y muere en defensa de la libertad cuando por su voto el orbe entero debería acomodarse á las instituciones políticas de la Rusia. No quiero por esto decir que en *Bandolina* la teoría estuviese desmentida por la práctica; nada de eso: todos los que le han conocido convienen en que tenía excelentes prendas morales que le habían granjeado simpatías en todos los partidos, y no hubiera necesitado emigrar para vivir en su patria con la paz y contento que había disfrutado antes de meterse en camisa de once varas.

¿Porqué, pues, emigró *Bandolina*? Difícilmente podría yo explicar lo que el mismo emigrado no supo explicarse en toda su vida. Es de suponer que abandonó á su patria por seguir las huellas de sus amigos, de sus jefes y compañeros de milicia, y tal vez porque creyó que la emigración era una necesidad hasta para los que no habían de ser perseguidos. Como quiera que fuese, lo cierto es que *Bandolina* se expatrió voluntariamente, y me inclino á creer que no fué inútil la precaución, pues en esos momentos de ira y de resentimiento que se siguen á las contiendas civiles, sabido es que más de cuatro veces los justos tienen tanto ó más que temer que los pecadores.

Los desgraciados patriotas que emprendieron el viaje con *Bandolina*, tenían quizá muchos motivos para llorar, pero no dejaron de reír en todo el camino, pues era imposible oír con seriedad las ocurrencias, los juramentos, las gracias tan desdeñosamente prodigadas por aquel hombre que en el fondo no estaba menos apesadumbrado que sus compañeros de infortunio. El mismo se reprendía y hasta manifestaba un profundo disgusto de que sus quejas se tomasen á broma por los demás, y hubiera hecho un sacrificio por no dar pábulo á las risotadas, por guardar el mayor silencio, si esto fuese posible en un torero español y andaluz por añadidura. Así, á pesar de *Bandolina*, dominaba aparentemente la alegría donde debía reinar la tristeza, y lo que era por desgracia una cruel emigración, tenía todas las trazas de una romería.

De este manera, unas veces á pié y otras andando, llegaron los tales emigrados á París sin sentir las fatigas del camino, y casi sin haber consagrado una hora á sus amargos recuerdos. Como entre ellos había algunos que conocían bien la lengua francesa, estos se encargaron de pedir y arreglar cuanto el gremio necesitaba, de modo que el bueno de *Bandolina* entró en la capital de Francia sin casi notar que estaba en tierra extranjera. Como el pobre traía algún dinero que había ganado con riesgo de su vida en la plaza de los toros, trató de divertirse, y aquí fué donde empezaron sus apuros. Levantóse muy temprano al día siguiente y se dedicó á correr la población visitando sus principales monumentos, aunque sin saber lo que veía, pues cada vez que hallaba un edificio suntuoso de los que tanto abundan en París, preguntaba al primero que pasaba por allí ¿qué edificio era aquel? y como era natural siempre recibía la contestación de:

— *Je ne vous comprende pas.*

Vió la Magdalena, el cuartel de los Inválidos, el Panteón, los Tullerías, el Louvre y otros infinitos monumentos que le llenaban de admiración, preguntando siempre de quién eran aquellas propiedades? y siempre recibiendo la respuesta de: *Je ne vous comprende pas*, que abreviada por los habitantes de París se queda generalmente reducida á *comprende pas*, y concluido su gran paseo, el bueno de *Bandolina* se volvió al hotel

donde vivía, dando con él casualmente sin necesidad de preguntar á nadie.

— Y bien, dijeron los amigos del torero cuando le vieron entrar: ¿Te ha gustado la ciudad de París?

— No me hablen ustedes, camaradas, contestó *Bandolina*. ¡Válgame Dios que lugar tan grande y tan hermoso!

— ¿Y qué es lo que más te ha admirado?

— Lo que me ha admirado más es la riqueza de ese hombre tan poderoso que vive aquí sin duda.

— ¿Qué hombre es ese?

— Un hombre que se llama *compra pan*, y que cuando quiera puede comprar la España con todas las Indias.

Echáronse todos á reír oyendo esta verdadera salida de tono, y *Bandolina* para que no tomasen á broma su explicación, continuó:

— Señores, ¿de qué se ríen ustedes? Lo que digo yo es la pura verdad. He visto más de veinte edificios que el que ménos vale tanto como la Giralda de Sevilla; he preguntado que de quién son esas propiedades tan magníficas, y siempre me han dicho que son de ese señor *compra-pan*.

Esta explicación redobló las carcajadas de los emigrados que se disponían á almorzar, y dijeron á *Bandolina* que les acompañase; pero este prefirió dormir, diciendo que estaba algo cansado, y en efecto se tendió en la cama dejando el almuerzo para más tarde. Cuando despertó tenía un hambre que no veía, pero ninguno de sus compañeros se hallaba presente, y en vano pidió diferentes veces el almuerzo, pues nadie le entendía ni él entendía á los demás. Temiendo entonces que sus compañeros volviesen demasiado tarde, se decidió á situarse en una esquina y preguntar á todos los que pasaban si sabían el español, calculando con razón que en una ciudad donde hay tanta gente como en París no podía ménos de encontrar alguna persona que le sirviese de intérprete.

Desde luego tenía algo de extrambótica la tarea de ir dirigiendo á todos uno por uno la misma pregunta en una lengua extranjera, pero lo que había de más extraño en este pasatiempo era el gesto de *Bandolina* cada vez que preguntaba y comprendía cuando más que no le habían comprendido. Se ponía en jarras, miraba de arriba abajo al interrogado como agitado por el impulso de castigar tan indisculpable ignorancia, y concluía diciendo estas y otras palabras que no estoy autorizado para revelarlas al público:

— ¡Vaya un tío lila ese!

Por fin llegó el momento feliz en que al dirigir *Bandolina* su mencionada pregunta, recibió esta consoladora respuesta:

— Sí señor.

Pero ¿creerán Vds. que *Bandolina* hablaba el español? No por cierto; un castellano hubiera experimentado tanta dificultad para entender á *Bandolina* como la que puede tener un inglés para entender á un castellano. *Bandolina* hablaba el dialecto de los toreros, que es una mezcla de gitano y andaluz; así no debería haber buscado uno que hablase el castellano, sino uno que hablase en caló.

Gracias á Dios, dijo por de pronto el emigrado afligido por la penosa situación en que estaba; gracias á Dios que encuentro en este indio pueblo alguna persona que hable como los cristianos, y luego dirigiéndose al hombre que tenía delante, que era un francés algo conocedor cuando más del castellano puro, añadió en esta jerga que no me atrevo á llamar idioma:

— Camarada, dígame uzte donde se tajela por aquí, que tengo una gazuza que me curte.

El pobre francés se quedó como solemos decir á buenas noches, y no pudiendo creer que la falta estuviese en el extranjero, se despidió después de hacer una cortesía, diciendo:

— Perdóneme usted, buen hombre, yo creí que sabía el español, pero veo que me había equivocado.

— Lástima que no supieras morder como sabes ladrar, quedó murmurando *Bandolina*, y se volvió al hotel habiendo perdido la esperanza de almorzar.

Afortunadamente algunos de los otros emigrados estaban ya de vuelta y el torero pudo *tajelar* para matar la *gazuza* que le *curtía*, con lo que echó en el estómago el peso que le oprimía ya la imaginación.

Cundió pronto la voz de que el gobierno de Inglaterra daba á los emigrados españoles una pensión proporcionada á la categoría de cada uno, en vista de lo cual *Bandolina* y sus compañeros se resolvieron á pasar á la Gran-Bretaña como era natural. Llegaron á Londres, acudieron al llamamiento que les hizo la junta de clasificación nombrada al efecto, y *Bandolina* observó que á los generales, á los que habían ocupado algún alto empleo, á los literatos y á los artistas se les señalaba, como era consiguiente una pensión mayor que á los artesanos, etc., y deseando no ser de los que ménos parte tuviesen en la distribución, quiso ocultar su profesión verdadera, de modo que cuando oyó pronunciar su nombre y la pregunta de ¿qué es Vd.? contestó con la mayor gravedad y aplomo del mundo:

— Literato.

Los españoles que se hallaban presentes y le conocían, no solo rieron, sino que lloraron á fuerza de tanto reír. Los ingleses que componían la junta reían de ver reír á los españoles, y concluido el trabajo de clasificación por aquel día, fueron llamando á los emigrados para que firmasen el acta. Cuando llegó su vez á *Bandolina* se redobló el estrépito anterior al oírle decir:

— Yo no sé firmar.

— ¿Cómo? dijo el presidente de la comisión. ¿Con qué es Vd. literato y no sabe Vd. escribir?

— Pues bien, repuso *Bandolina*, póngame Vd. torero, lo mismo dá.

Deshízose aquel error y el torero pudo cobrar desde aquel momento unas dos libras esterlinas mensuales, pensión que ha estado disfrutando hasta hace dos ó tres años que murió, pues debo decir que á pesar de todas las revoluciones y de todas las amnistías que hemos visto en España desde el año veintitres hasta hoy, *Bandolina* no quiso nunca volver á su patria, prefiriendo vivir en Inglaterra donde ha muerto dejando muy buenos recuerdos de su carácter y virtudes. ¿Será que el brillo de la poderosa Albion le había fascinado? Nada de eso; cuando algún español tocaba este resorte, solía él contestar:

— Compadre, se habla mucho de las grandezas de Inglaterra; pero lo que yo veo es que las libras de aquí valen ménos que las onzas de España.

J. M. VILLER GAS.

LEYENDO A HORACIO.

Aquí del sauce á la móvil sombra,
Nido del ruiseñor, cuyos amores
El céfiro acompaña con su lira;
Sobre el lecho silvestre y blanda alfombra
De hojas y arbustos y odorantes flores,
Que el ojo bajo y errabundo admira;
Aquí donde respira,
Mientras la cumbre de los montes arde
El sol postrado á trasmontar cercano,
Los puros vientos de la fresca tarde
Naturaleza en brazos del verano;

Ven, dulce libro, ven. Mi blando acento
La antigua voz de la latina musa
Haga sonar en estas soledades.
Siempre la amé yo en tí. Fije un momento
El tono amigo que en tus cantos usa
De un ciego corazón las veleidades,
Encantos y deidades
Torne el mundo á brotar; pueblen la tierra
A la voz de la fábula movidos;
Y mire yo cuánta hermosura encierra
La religión que hicieron los sentidos.

Cruza la inmensidad mi mente inmensa;
Vuela y vuela sin fin, y en su osadía
Nunca el secreto de los mundos halla:
Late mi corazón, mi frente piensa
A las tinieblas y á la luz del día,
Les hablo, les pregunto, y todo calla.
¿Dónde encontrar la valla
De esta infinita soledad? Acaso
La mente vaga en la ilusión recreo;
La tierra brota genios á mi paso,
Y una familia de deidades creo.

Cual mundo aéreo que á tu Olimpo exceda,
De una y otra ficción capricho humano,
Vate inmortal, á producir prepara:
¿Dónde el bello ideal que darle pueda
Al hombre, ya de la deidad cercano,
Objetos tantos de beldad más rara?
La tierra, templo y ara.
Volved, abridme el penetrable cielo,
¡Profanos dioses que el mortal tingía!
Muy grande es Dios para habitar el suelo;
Pero vosotros sois la fantasía.

Céfiro sus palacios abandona,
Mensajero de amor. Amor suspira,
Y á amar le enseña y modular su canto:
Él de mirto y de flor la sien corona,
Y en torno, en torno de las Ninfas gira,
Y derrama en su seno el dulce encanto:
Suena la lira en tanto:
Corre el Fauno veloz tras la adorada
Ninfa gentil que la belleza engrie;
Y sobre el bosque en nubes reclinada,
Vénus, alma del mundo, se sonríe.

Así estos campos animarse veo,
Y el mudo espacio de las selvas triste
Poblarse ya de genios protectores:
Tal, si mis ocios delirando empleo,
Ante mis ojos admirados viste
Una y otra ilusión forma y colores.
El tronó de las flores
Ocupa una deidad; otra domina
La mar, ó el viento, ó el zenit, ó el polo;
Me habla en la noche de su amor Lucina,
Y contemplo en el Sol la faz de Apolo.

¡Oh! ¡Cómo las imágenes serenas,
Los gustos breves de mi dulce infancia
Recuerdas hoy á la memoria mía!
Entónces del oscuro verso apénas,
En mi dulce y pacífica ignorancia,
La verdad y el sentido comprendía.

La tierna fantasía,
Vate feliz, te adivinaba empero
Con temprana ansiedad del estro santo;
Y al poder de tu ritmo placentero
El oído y la voz formaste al campo.

Tal la risueña fábula fingía
Abierto el seno de la casta Flora
De Fabonio gentil al beso leve:
Tal la copa en que Júpiter bebía
De manos de la bella escanciadora
Recibe el néctar que á raudales llueve:

Así la tierra embebe
Fecundo rayo y matinal rocío,
Que el gérmen productor hincha en su seno;
Abril lo ve brotar, y en el estío
Es ya pompa y dosel del bosque ameno.

Yo amo volver á las pasadas horas
En que el estro insonoro y balbuciente
Se ensayaba en dulcísimas canciones.
¿La luz de aquellas rápidas auroras
Fué mas pura quizás, que el alma siente
Perdidas ¡ay! sus caras ilusiones?

Tú que el alma dispones,
Templando el ceño de razon austera,
Dulce poeta, al meditar suave:
¿Es la edad mas feliz la edad primera,
Que siente el bien y el mal y no lo sabe?

¡Oh infancia, infancia, esclavitud del hombre!
Clamé yo veces mil. ¿Mas por ventura
Qué se sino dura esclavitud, la vida?
Yo aprendo en tí, para quien mas que un nombre
La dicha fué, y al gozo y la blandura
Tu amable canto el ánimo convida.

Lleva en veloz huida
Con envidia y piedad, contento y pena
El tiempo robador á su Leteo;
Y hacer mas leve la fatal cadena
Solo alcanzó quien rige su deseo.

Tú cantas, y el amor y alegre vino,
Suenan tu voz, campestre apartamiento,
Y del vulgo falaz la lejanía
Vivir, gozar. Empero yo adivino,
Si el dulce halago de tus himnos siento,
Mas que el placer, su amable hipocresía.

¿Siempre te sonreía
Felicidad; donde secreto espanto
Turbaba á Roma con dolientes sonos?
¿No hay en tu corazón, no hay en tu canto
Del romano dolor palpitaciones?

Vé, poeta feliz, vé murmurando
Sentencias de gentil filosofía,
Los gustos á buscar que en Roma imperan:
Te va el dedo de Roma señalando;
Tus palabras mas dulces que ambrosía,
Las Tais y Aspasia de tu edad esperan.

Alégrate y no mueran
El aplauso, la gloria y los placeres,
En tanto duren voluntad y espacio;
Que, clamará Roma y sus mujeres;
¡Horacio, el gran poeta, el dulce Horacio!

¡Amor, belleza, de placer tesoro!
¿No responde su voz? Rugas asoma
Su frente que la edad ornó de canas.
Horacio está en el Foro. El sacro Foro
Se mudó en lupanar, y allí ante Roma
Prostituye el romano á las romanas,

Imágenes lejanas
De la antigua virtud, ardiendo en ira,
Sobre los rostros la venganza eleva:
La que á sus plantas arrastrarse mira,
Es otra Roma que á morir se lleva.

Víctima y héroe del orgullo humano,
Muere y triunfa Catón. La voz retumba
Del orador funesto á Catilina:
Despojo criminal de heroica mano,
Sangrienta veste en la cesárea tumba,
Al pueblo incauto á la venganza inclina,
Triunfante en la ruina,
La sombra de los Gracos se levanta,
Al hundir la república sus leyes;
Y en temor de sí mismos la garganta
Al yugo dan los ciudadanos reyes.

Tú lo sientes, dulcísimo poeta,
Cuándo ese imperio ves, con raudo paso,
Volar el tiempo á sus grandezas breve.
¿No te dice una voz honda y secreta,
Que el sol latino al entreabierto ocaso
Turbado el disco en tempestades mueve?
Sí: que tu voz se lleve
A esas deidades cuyo Olimpo espira,
Cuyo altar sin ofrenda se desploma:
Yo oigo clamar los sonos de tu lira:
¿Quién sois, ¡oh dioses! que os hundis con Roma?

¡Oh! Dado á Roma contemplar te fuera,
Ya de una cruz fatídica pendiente,
¡Eternizada en el Calvario eterno!
Correr la raza indomeñable y fiera,
Volcar los pueblos con la masa injente
Su falso Olimpo, su turbano Aberno.

Embriágate en Falerno.
¡Horacio, Horacio! Tu cantar liviano
Piénsalo yo que presagia los Nerones;
Como al son de los versos de Lucano,
Se oyen trotar los góticos bridones.

Amo yo empero figurante acaso
No en Roma, no en el Foro; en las cascadas
Y alamedas del Tivoli sombrías:
Allí á la clara aurora, al tibio ocaso
Extiendes tus patéticas miradas,
Y el ave y flor te alegran, y ondas frías.

Gocemos, repetías:
Huye la edad. ¡Feliz el que se aleja
Del grave cargo y vulgo removido;
Y á la ambición con el insomnio deja,
Y mañana y ayer pone en olvido!

¡Dichoso tú, cuanto dichoso el hombre
Que al sueño ó á la lira tus afanes,
Das reposando en plácida enramada!
El tiempo vividor dirá tu nombre,
Cuando en torno al ciprés vaguen tus manes,
Y otro dueño suceda en tu morada.

Ora, si la indignada
Sombra de aquella Roma se te ofrece,
Que asesinó la libertad de Graco;
El néctar milagroso la adormece,
Y enzalzas á Catón, brindando á Baco.

¡Estóico Anacreón! ¡Dulce maestro!
¡Alentador de mi afición natía,
Que en el canto armonioso persevera!
¡Ah! Siga yo con el poder del estro
El vuelo igual de tu alma poesía,
Donde bebí la inspiración primera.

Audaz, docta y ligera,
Risueño joven que al placer se mueve,
Como un licor sus cánticos apura;
Y á ella en la pena y en los ocios debe
Documento y solaz la edad madura.

¿Cuál de tus versos cantaré? ¿La gloria
Del constante varón de ánimo entero,
Despreciador del vulgo y del tirano?
Aquel guarda entre todos mi memoria;
Y á Augusto, y Baco y al Amor prefiero
Tu apoteosis del orgullo humano.

Poeta cortesano,
Tú lo dijiste: entre exterminio y lloro
El hombre alcanza á contrastar la suerte:
¿Dirélo yo, que en el orgullo adoro
La última religión del alma fuerte?

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

La máquina calórica.

Los diarios americanos nos dan noticias muy preciosas acerca de los cambios que M. Ericson va á introducir en el aparato calórico á que ha dado su nombre.

Los antiguos cilindros desaparecen con todos los pistones, hornos y regeneradores que los acompañaban. En vez de estos cuatro cilindros de mucha dimensión, dispuestos perpendicularmente en el eje del buque, van á ser puestos otros dos cilindros de menor dimensión en la dirección de la quilla haciendo con ella un ángulo de cerca de 45°, y además inclinados el uno hácia el otro. Cuatro cilindros auxiliares serán colocados en los costados de los cilindros principales, uno á cada lado.

Así se ve que el actual aparato de M. Ericson se compone de seis cilindros: dos en que funcionarán los pistones motores, y cuatro auxiliares. Los motores tienen cada uno seis pies de diámetro y ocho de largo. Estos

dos cilindros, de doble efecto, están considerados como debiendo producir tanto trabajo útil como los cuatro inmensos cilindros de efecto simple, primitivamente empleados, á causa de que trabajarán con alta presión. Además, en el nuevo aparato, el mismo aire será empleado indefinidamente, y volvemos á repetirlo, con alta presión. Tal es la diferencia que existe entre la antigua y la nueva máquina de M. Ericson.

Aunque de forma diferente, el nuevo regenerador continuará funcionando sobre los mismos principios, y por consiguiente seguirá siendo la pieza principal de toda la economía de este sistema; con efecto él es el alma de la máquina Ericson, sin el cual esta invención no sería mas que una utopía.

El Valle de Josafat.

El valle de Josafat llamado también en la escritura *valle del rey*, *valle de Melquisedec*, etc., se halla próximo y en la parte oriental de Jerusalén, extendiéndose del Norte al medio día, es decir, entre el monte de los Olivos y el de Moria. Por el centro de dicho valle pasa el torrente de Cedron, que se seca en algunas épocas del año, y presenta el agua rojiza en los tiempos de lluvia.

Entre este famoso valle cuya tradición católica es bien conocida de nuestros lectores, fué donde el rey de Sodomá buscó á Abraham para felicitarle por su victoria alcanzada sobre los cinco reyes, y tomó luego el título de Josafat, porque el rey de este nombre lo eligió para su sepultura. El valle de Josafat parece haber servido siempre de cementerio al pueblo de Jerusalén, pues se encuentran en él monumentos de los tiempos mas antiguos y de los mas modernos. Los judíos esparcidos en toda la superficie de la tierra hacen lo posible por ir á depositar sus cenizas al lado de sus padres. Los cedros que hizo plantar allí Salomón, la sombra del templo que cubría parte del valle, el torrente que lo atravesaba, los cánticos de David y las lamentaciones de Jeremías que resonaron en aquel paraje, todo contribuía á dar á aquel terreno el aspecto triste y pacífico de las tumbas. Jesucristo despues le consagró de nuevo á los dolores, empezando allí su pasión, y derramando para lavar nuestras culpas las lágrimas que había vertido David para espiar sus propios errores.

Pocos nombres hay en el mundo que inspiren á la vez pensamientos tan halagüeños y terribles como el misterioso valle de Josafat donde según el profeta Joél deben presentarse un día todos los hombres ante el juez inexorable: «*Congregabo omnes gentes, et deducam eas in vallem Josaphat et disceptabo cum eis ibi*. Natural es, dice el padre Nau, que el honor de Jesucristo sea reparado públicamente en el sitio donde ha sufrido tantas afrentas, y que él pronuncie justamente una sentencia contra los hombres que le crucificaron injustamente.»

El aspecto del valle de Josafat, ya lo hemos dicho, es triste; su lado occidental es una montaña de greda que sostiene los muros góticos de la ciudad desde donde se ve Jerusalén: su parte oriental confina con el monte de los Olivos, y con la llamada del Escándalo, *mons Offensionis*, nombre que se la dió recordando la idolatría de Salomón. Estas dos montañas que están casi tocándose, presentan igualmente un color rojo y sombrío, y tienen algunas viñas, algunos olivos salvajes, capillas, oratorios y mezquitas arruinadas. En el fondo del valle se descubre un puente de un solo ojo, arrojado sobre el Cedron. Las losas del cementerio de los judíos están esparcidas al pie de la montaña del Escándalo, bajo la población árabe de Silvé, siendo difícil distinguir las tapias de esta villa de los sepulcros de que se encuentran rodeadas.

Tres antiguos monumentos, el de Absalon, el de Josafat y el de Zacarías se ostentan en aquel campo de destrucción. A la tristeza de Jerusalén de donde no se levanta ninguna corriente de humo, ni sale ningún ruido, á la soledad de las montañas, donde rara vez se ve alma viviente, al desorden de las tumbas medio abiertas y destrozadas hay que agregar otras mil cosas del mismo carácter que todas contribuyen á inspirar pensamientos lúgubres, como si la trompeta del juicio se hubiera hecho oír ya convocando á los muertos al valle de Josafat.

Desde que Chateaubriand escribió esta fiel y magnífica descripción, ningún cambio se ha verificado en aquel desolado lugar; siempre se ve el mismo terreno árido, la misma vegetación tostada; solo algunos millares de losas se han añadido á los millones que ya cubren aquel cementerio israelita.

Las tumbas llamadas de Absalon, de Josafat y de Zacarías son monumentos del bajo imperio romano. El primero está formado de enormes piedras, el segundo tallado en una roca inaccesible, lo mismo que el tercero. Estos monumentos, como arquitectura, manifiestan la época de la decadencia romana, distinguiéndose solamente por la singularidad de su construcción.

Tal es en resumen el valle de Josafat cuya vista ofrecemos hoy á nuestros lectores, como uno de los objetos que mas vivamente pueden hablar al sentimiento religioso.

P. B.



Aldea de Silué

El valle de Josafat.

Tumbas de Absalon, Josafat y Zacarias.

P. BLANCHARD

Dinamarca.**VIAJE DEL REY FEDERICO VII A LA ISLA DE MOEN.**

La historia del reino de Dinamarca ofrece un interés muy particular. Mas ricamente dotado por la naturaleza que los otros países del Norte, habitado por una raza inteligente y guerrera, el pueblo de Dinamarca ha sabido siempre resistir los mas violentos ataques de sus vecinos. Poco tiempo hace que la Europa entera miraba con asombro á esa pequeña nacion amenazada de perder dos de sus mejores provincias, y que ha sabido vencer con tan heroico esfuerzo la revolucion de sus súbditos de la parte alemana y la intervencion de una potencia extranjera. La Francia en esta ocasion sostuvo el principio de la unidad de la monarquía danesa, demostrando que aunque ocupada ella misma de sus propias revoluciones, no ha olvidado las simpatías que siempre ha tenido por la raza escandinava.

Hasta la revolucion de febrero el poder real era, sobre poco mas ó ménos, absoluto en Dinamarca. Cuando poco despues la nacion obtuvo una constitucion política, y se restableció la unidad monárquica, el pueblo danés ó dinamarqués miró á su jóven rey como la personificacion de estos preciosos bienes. Siendo este príncipe heredero de la corona habia ya sabido merecer las simpatías de todas las clases de la sociedad: su exterior imponente, su fisonomía respirando nobleza, las pruebas de su valor personal que habia dado como marino, la gracia en fin con que recibe á cualquiera indistintamente, le habian conquistado el aprecio de todos los corazones.

El rey Federico VII reside generalmente en el castillo de Frederiksburgo á cuatro millas de Copenhague. Este castillo construido en el estilo gótico por el rey Cristian IV contiene una porcion de monumentos históricos, siendo hasta cierto punto el museo de los tiempos históricos de Dinamarca.

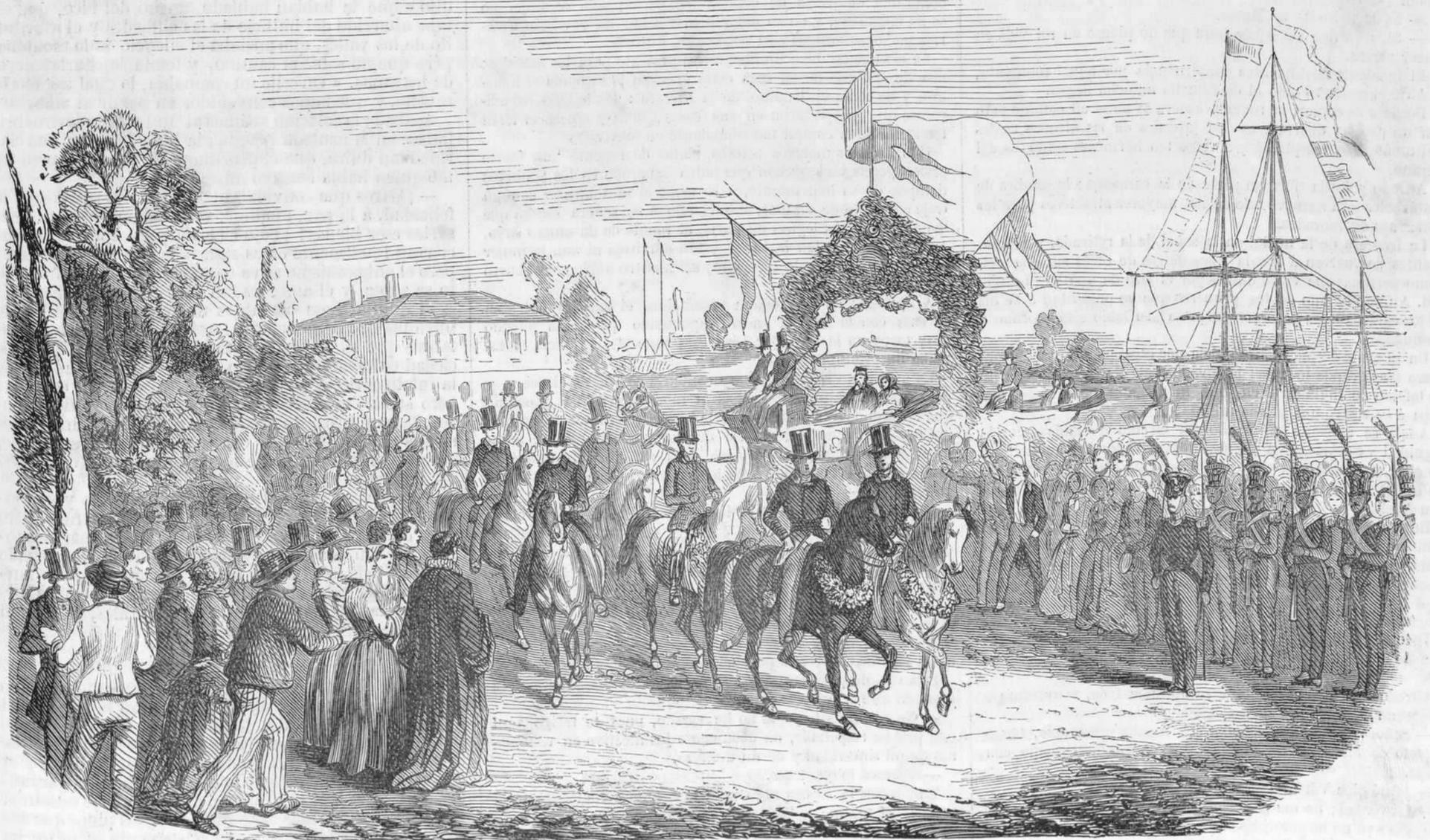


Federico VII rey de Dinamarca.

En el pasado mes de octubre el rey Federico VII hizo en compañía de su esposa una excursion á la parte mas romántica de su reino. La reina es una señora que se distingue en Dinamarca por sus superiores cualidades. Patriota, sincera y espiritual esta señora es la compañera digna por todos títulos de su real esposo.

El 12 de setiembre el rey, la reina y un acompañamiento brillante desembarcaron en Koster (isla de Maen) siendo recibidos por una poblacion numerosa y entusiasmada. Las autoridades y señores del país, la gente del pueblo con sus pintorescos trajes acompañaban á los carruajes reales que se dirigian á la ciudad insular de Stege. El camino entero de la ciudad de Lisenlud estaba cubierto de arcos de triunfo y de guirnaldas de flores. Es imposible describir el carácter grandioso y la hermosura pintoresca de esos países originales. Imaginense ustedes para tener una idea de esta excursion un grupo de islas cubiertas de cuevas caprichosas y de verdes bosques, por todas partes ruinas de castillos antiguos, de alegres aldeas, de pabellones multicolores de casi todas las naciones, y como base de estos seductores cuadros las ondulaciones del mar.

Cerca de Lisenlud se levanta la famosa cordillera llamada *Kluiten* donde hace diez años residió el rey como príncipe heredero, y allí es donde el viajero puede apreciar la belleza original de Dinamarca. Allí se ven Taleren, Droningsstol, Sommerpiir y muchos otros lugares deliciosos de que se cuentan las historias mas interesantes de los tiempos heroicos. Despues de una marcha de nueve horas el rey fué recibido con entusiasmo en Maylefald, y todos los habitantes del tránsito recibieron pruebas de la munificencia del rey y de la reina cuya caridad es bien conocida en Dinamarca. El 13, la corte volvió por los mismos caminos y del mismo modo acompañada al sitio del embarque llevando muestras cordiales de la gratitud de una nacion que no ha olvidado que sin el valor



Recepcion de Federico VII rey de Dinamarca en Stege, ciudad de la isla de Maen.

de su rey la monarquía danesa hubiera venido á ser presa de los extranjeros.

P. L. M.

Historia de la semana.

Las anécdotas relativas á la gente que ha vivido fuera de París este verano, continúan á la órden del día. He aquí una que entresacamos de las muchas que se cuentan y que publica la crónica de la moda :

La escena pasaba hace poco tiempo en una casa de campo de las inmediaciones de París, casa habitada por una sociedad escogida compuesta de hombres amables y graciosos y de mujeres elegantes y encantadoras. La vida era risueña y agradable en aquella estancia llena de delicias. Cada cual vivía á su gusto aislándose de los demás ó confundiendo con ellos, según su capricho, aunque no por esto tan envidiable libertad traspasaba los límites del decoro á que están obligadas siempre las gentes de buena crianza.

El sitio no podía ser mas favorable para las empresas amorosas, y uno de los convidados, el jóven Alberto de ***, hubo de comprenderlo así, cuando pasados algunos días en aquel elegante retiro, se decidió á pedir la mano de una jóven viuda, amiga íntima de la familia de la casa, que se llamaba Adela.

Su deseo de agradarla habia sido bien mirado y correspondido; Adela le amaba sin disimularse, y acogió su demanda en matrimonio, pero con la expresa condicion de que hasta fines del invierno actual no se realizaria la boda. Adela queria pasar en París la estacion de los bailes y los placeres con la envidiable libertad que las viudas disfrutan, y hasta que llegaran las brisas de la primavera exigia que este proyecto conyugal fuese un misterio para todo el mundo.

Alberto tuvo que conformarse con este capricho de su hermosa viuda; toda indiscrecion le estaba severamente prohibida. Si Adela acordaba algun ligero favor á su futuro esposo, era tomando las mayores precauciones para que nadie llegara á notar la buena inteligencia que reinaba entre ellos.

— ¡Hasta el fin del invierno! se decia el jóven; el plazo es bastante largo, y tanto mas temible cuanto que en París pueden suceder muchas cosas en el espacio de seis meses.

Entretanto la alegre reunion campestre seguia entregada á sus diversiones.

Alfredo se presentó al almuerzo una mañana con un puntito negro en su labio superior; se habia cortado afeitándose, y para cicatrizar aquel rasguño de la navaja se habia pegado en él un pedacito de tafetan de Inglaterra, remedio soberano para las heridas de poco peligro. El gracioso lunar estaba tanto mas visible cuanto que Alfredo no llevaba bigotes.

— ¡Qué torpeza! le decia chanceándose un amigo.

— ¿Qué quieres? respondió Alfredo; fué una distraccion, y no otra cosa.

— ¿Pues en qué pensabas?

— Pensaba nada ménos que en componer versos.

— ¡Versos! Pues tienes que decirnoslos inmediatamente.

— ¡Oh! estaba buscando el primer consonante cuando la pícara navaja se encargó de cortarme la inspiracion y el labio.

— Es un aviso de las Musas.

— Sí, un aviso de Apolo para que no piense en mi vida en hacer versos.

El incidente no tuvo otra consecuencia por aquel momento, y Alfredo conservó todo el día aquella mancha negra.

Despues de comer, la reunion entera se pone en camino para dar un paseo y disfrutar en los jardines de las últimas tardes del otoño, mas templadas y á veces tan hermosas como las del verano.

Alfredo y Adela forman parte de la caravana; la sombra de los árboles será siempre uno de los mayores atractivos para los corazones enamorados.

La frescura de la noche da la señal de la retirada, y los paseantes se vuelven á la sala unos detrás de otros sin etiqueta, como personas que viven unidas por el lazo de una larga amistad. Alfredo es uno de los primeros que se presentan á la luz de los candelabros; pero ¡oh sorpresa! su labio está ya sano y desnudo.

Un instante despues entra Adela por otra puerta, y ¡oh sorpresa mas grande todavía! la jóven viuda lleva un parchecito de tafetan de Inglaterra en una mejilla, un punto negro que daba á su rostro una gracia infinita.

Adela se adelanta en medio del círculo de amigas con la dignidad y serena calma de costumbre. Todos los ojos se fijan en ella; el asunto está claro; ha habido un traspaso de tafetan de Inglaterra del labio del jóven Alfredo á la mejilla de la jóven Adela.

Entónces se oyen en la asamblea cuchicheos, risas ahogadas y murmullos burlones. La viuda sorprendida de aquel rumor general, es la única que no adivina la significacion de aquella escena en que era la heroína sin saberlo.

— ¿Qué sucede pues? pregunta ingenuamente á la concurrencia.

Todo el mundo cierra el oído á la pregunta, pero la explosion de una hilaridad general se va aproximando por segundos.

Alfredo que da una ojeada lo comprende todo, se apresura á intervenir, y toma la palabra diciendo:

— Señoras y señores, exclama con mucha ceremonia, tengo el gusto de anunciar á ustedes mi próximo matrimonio con Adela.

— ¿Qué dice Vd.? interrumpe la jóven viuda.

— La verdad; no me retracto de ello.

— Pues yo no he autorizado semejante anuncio.

— ¿Y para qué sirve ese secreto que se obstina Vd. en

guardar todavía? Déjeme Vd. proclamar mi felicidad en alta voz...

— Caballero, ¿pierde Vd. el juicio esta noche?

Por toda respuesta Alfredo tomó á la viuda de la mano, y llevándola ante un espejo, dijo á la viuda en voz baja:

— Mírese Vd. la cara.

Adela se miró y confundida, á pesar de su sonrisa, tuvo que convenir en que ya no era posible la disimulacion, y confesó que lo que habia dicho el jóven era cierto.

La gente supone que el ósculo amoroso á cuyo beneficio pasó el tafetan negro del labio del enamorado al rostro de la linda viuda, fué un golpe premeditado por el galan para acelerar el plazo de su boda con Adela, que además de ser muy bonita y muy jóven como ya hemos dicho, es tambien extraordinariamente rica.

La presente estacion de la caza ha traído consigo su movimiento ordinario y su inevitable séquito de catástrofes. Es imposible imaginarse la aficion de los parisienses á ese ejercicio, del que vuelven por lo regular sin honra ni provecho. Y esto cuando vuelven, pues hay veces que los perdigones, en lugar de matar la liebre ó el conejo van derecho á herir á un cazador vecino.

Sin embargo, no siempre la casualidad y la torpeza tienen la culpa de las desgracias que ocurren en la caza, y á veces se cubre con la capa de la fatalidad lo que es simplemente un cálculo bien disfrazado para salvar las apariencias.

Prueba de esto es la muerte de un jóven á quien llamaremos Anatolio, que ha causado estos días una verdadera sensacion entre sus amigos.

Anatolio era un hombre distinguido y en una brillante posicion, pero que estaba enamorado de su mujer lo mismo que el día de su boda, defecto vergonzoso en París entre la gente de buen tono.

Como buen enamorado, era un poco celoso, de modo que un día que su mujer habia salido le dió la mala tentacion de registrar los papeles del escritorio de su cara esposa, tentacion que le vino al ver la llave puesta, que se habia quedado allí sin duda por descuido. A la primera gaveta que abrió saltaron tres ó cuatro cartas; el marido las recoge, las lee, y su corazon se desgarró en mil pedazos. ¿Cómo dudar de su infortunio? El hombre de su mujer, su nombre de pila, se hallaba mil veces repetido en aquellas cartas. La situacion era cruel, su desesperacion pedía á gritos una venganza pronta, pero la honra le aconseja ocultar su herida, y Anatolio retrocede ante la idea de un escándalo.

El ofendido esposo pasa la noche sumergido en angustias mortales; pero he aquí que al amanecer una porcion de amigos vienen á buscarle para ir de caza. Anatolio se anima de súbito, y con rostro risueño se pone alegremente en campaña; pero apenas habia llegado con sus amigos á un sitio favorable para sus placeres, se separa de ellos, se esconde, se arrima el cañon de su escopeta al pecho, coloca el rastrillo bajo una rama, sale el tiro, y algunos instantes despues sus compañeros levantan un cadáver, exclamando entre sus lamentos:

— ¡Qué desgracia! ¡Un hombre que reía tanto hace un instante!

La mujer encontró en la alcoba de Anatolio las cartas funestas que no fueron escritas para ella, sino para una prima que tenia su mismo nombre; su culpa consistia únicamente en haberse hecho cargo del depósito confiado á su amistad discreta.

La muerte de Anatolio fué considerada por todo el mundo como una desgracia de cazador inexperto; solo su mujer no se ha engañado, y en su dolor inconsolable ha revelado á varias personas amigas esta deplorable historia.

La caza es tambien un magnifico pretexto para los maridos; mas de uno sale de su casa estos días con la escopeta al hombro, y no toma el camino de la barrera: las lejanas expediciones que proyectaron en sus casas, se realizan en el fértil territorio de la capital tan abundante en aventuras.

Uno de estos maridos astutos sintió de repente una fuerte pasion por la caza, pasion que habia ignorado en los primeros tiempos de su matrimonio, y se armó el mes último con un traje completo de cazador, anunciando á su señora esposa que iba á cazar á diez leguas de París, al monte de un amigo suyo. A una diversion tan legitima y tan admitida ni aun la mujer mas celosa del mundo se opone; así nuestro aficionado obtuvo fácilmente su licencia.

A la vuelta de la primera expedicion, el cazador entró en su casa con el morral vacío, suponiendo que habia andado muy torpe en la correría; pero esta supuesta desgracia reclamaba un pronto desquite.

La mujer no se quedó muy contenta con la explicacion, y dejó traslucir algunas sospechas al marido, pero este prometió que la segunda vez no le sucederia lo mismo. En efecto, nada le era mas fácil que destruir las dudas sobre este punto; ántes de pasar el umbral de su puerta, esta vez el marido entró en una magnífica fonda del Palacio Real, y eligió una liebre corpulenta.

— Muchacho, ponme esta liebre en el morral, dijo el cazador á un mozo ocupado en envolver los pasteles, los peces y demás comestibles que se disputaban á porfia siete ú ocho aficionados que estaban escogiendo allí cada cual su manjar favorito.

El mozo servia prontamente á todo el mundo, y mientras el falso cazador recibia del dueño de la casa el cambio de la moneda que habia dado, sintió que el muchacho le deslizaba en su saco de cazador la pesada compra que habia hecho.

Esta vez, despues de estrechar en sus brazos á su esposa, la dijo con aire triunfante:

— No me dirás hoy que no he cazado, pues te traigo aquí una prueba respetable, un documento justificativo en testimonio de mi sinceridad y de mi destreza.

— Veamos lo que traes.

Y mientras la esposa registraba el saco que continuaba á la espalda del marido, el fantástico cazador proseguia hablando de su triunfo en estos términos:

— ¡Qué perdigonada tan buena! Estabamos en un llano; el

animal pasó á ciento cincuenta pasos de mí, y corriendo que era un gusto. ¡Cómo corria!.. Pero amiga, no pudo escapar á su fatal destino; yo estaba bien alerta, apunto, sale el tiro, y el animal cae dando saltos en el polvo.

— ¡Trágico suceso! exclamó la dama desdoblado el envoltorio.

La mujer pegó un grito, y el cazador fuera de sí de gozo, continuó su discurso:

— ¡Qué hermosa liebre! ¿no es verdad?

— ¡Asombrosa!

— Por eso habia que ver como mis compañeros se morian de envidia.

— ¿Y de veras la has matado en la caza?

— Ya te lo he dicho... á la distancia de ciento cincuenta pasos. En mi vida he empleado mi pólvora con mas acierto.

— ¡Basta, caballero! exclamó la esposa con acento colérico.

— ¿Qué voz es esa?

— Se burla Vd. de mí de un modo indigno.

Y al decir esto, la esposa sacó del papel un objeto que dejó confundido y estupefacto al cazador: era un magnifico besugo.

El mozo de la tienda se habia equivocado, y envolvió el pez en lugar de la liebre.

¡Oh equivocacion inesperada! Despues de esta caza sorprendente, es probable que la mujer prohiba en adelante á su marido el uso de la pólvora, bajo las mas severas penas.

MARIANO URRABIETA.

13 noviembre de 1853.

Muerte trágica de un desconocido.

Un naturalista de Bagnères de Bigorre refiere del modo siguiente la trágica escena que vamos á ofrecer á nuestros lectores, convencidos de que han de encontrarla doblemente interesante por las observaciones locales que acompañan á este triste acontecimiento.

La noche del 20 de setiembre de 184... dice, llegué al valle de Campan con intencion de herborizar al día siguiente. Hallábame sentado en la posada de Gripp esperando la hora de cenar, cuando vi entrar á un nuevo viajero que se quitó un gabán lujoso despues de haber saludado con los modales de una buena educacion. Sentóse en frente de mí, en un ángulo de la chimenea, é inclinó la cabeza. Las mujeres de la posada iban y venian con aire inquieto, porque los pocos cuartos de que disponian estaban ocupados, y me preguntaron si yo aceptaria el reciénvenido en mi cuarto, lo cual luce sin recelar, convencido de que la casualidad elige muchas veces mejor que nosotros. Explicóse en seguida al extranjero la exigüidad de la casa y el permiso que yo daba, y se volvió hácia mí para darme las gracias: « Aunque la noche convide con su serenidad á dormir bajo las estrellas, estoy fatigado y agradezco á Vd. el medio de descanso que me ofrece.»

Durante la cena manifesté que subiria al día siguiente á la cima del Pico del Mediodía, y el jóven viajero dijo « que le habian hablado mucho del Pico, que estaba aburrido del bullicio de las ciudades y el murmullo de los valles, que ansiaba el silencio de la montaña, pero que no sabia el camino, y temia la charlatanería de los guías. » Ofrecíle mi compañía, lo cual agradeció mucho, y quedamos convenidos en partir al alba.

Acabada la colacion salimos al umbral: los astros brillaban en la azulada bóveda; la luna despedia una claridad tan dulce, que él prorumpió en voz alta, pero como quien habla consigo mismo:

— ¡Astros que convidais al parecer á los mortales á la felicidad, á la paz, al amor, vosotros no podeis dispensar esos bienes! ¡Bajo cielos ménos espléndidos encierran igualmente otros signos promesas de ventura; pero el antagonismo se ve en todas partes, el sufrimiento se agota, y el amor es tan raro como el diamante!

Ví dibujarse en sus labios una sonrisa sardónica; lo miré mejor: descubrí que buscaba la finura de las palabras que se busca, á costa del sentimiento, en la sociedad culta en que habia vivido, en la sociedad en que la inteligencia se pulimenta con el polvo del corazon; pero sus nobles facciones, sus hermosos cabellos blondos, finos y lisos, los colores que aparecian á intervalos en sus pálidas mejillas, cierta melancolía trasparente, me revelaron vagamente cosas que no pude comprender entónces.

Entramos en nuestro cuarto comun. Como yo me levantaba muchas veces, temiendo que se pasara nuestra hora de partida, me sorprendia el que me hablara todas ellas con voz dulce, ya como si no hubiera cerrado el ojo en toda la noche. Yo abria la ventana, y en tanto que consultaba el cielo, (las yerbas frescamente cortadas en la pradera y reunidas en espirales, palidecian con la claridad nocturna) él decia:

— ¿Qué hora leéis en las estrellas?

Despues decia:

— Oigo distintamente el ruido del torrente: este no nos dirá la hora; ¡sus aguas murmuran la eternidad!

Nos levantamos ántes de amanecer. Pidió chocolate, y se lo sirvieron muy espeso; él observó riendo que aun así, el chocolate prevenia el apetito. Partimos; el sol, como un ojo de fuego, miraba las hondas gargantas, y la luna brillaba como el mercurio ante nosotros. Pronto estuvimos mas altos que los viejos pinos que decoran las primeras pendientes tristemente, si no los ha tronchado el fiero vendabal. Cruzamos rocas quebra-

das, yerbas bajas, rododendros desflorados ya, y plantas amarillentas. Mi compañero se dobló para coger una violeta creyéndola llena de perfume, y como no lo tenía:

— ¡Ah! dijo, ¿no tienen olor aquí las flores? ; y esta casi no tiene color!

— Entramos, le respondí sonriendo, en una nueva región. Es verdad que las flores pierden en ella su brillantez, y la dulce expansión de su vida íntima, el odor; algunas, retirándolo a sus raíces, sepultan en la tierra esta gracia secreta...

— Apenas me escuchaba.

— He aquí una cosa extraña, dijo, nuestros caballos heridos por los rayos del sol andan sin que los moleste el enjambre de las moscas: ¿no se oyen aquí sus zumbidos en el aire?

— No, ciertamente, contesté, la mosca de los Pirineos es muda en toda estación, y paralizada por el frío se muere en los huecos donde busca una sombra de vida.

— Yo hallaré pues el silencio, repuso mi compañero, como quien responde mas bien a su pensamiento que a mis palabras, porque la yerba también se calla: ¿al parecer la fastidiosa langosta no existe aquí?

— Sí, existe, dije yo; pero desprovista de alas sonoras, sin ruido, pero voraz. Cuando el invierno no es muy crudo, se multiplican rápidamente y devoran los pastos en un día, depositando en la yerba un jugo acre que repugna a las ovejas. Terror y plaga de los pastores, se ve su multitud revolotear en los malos años desordenadamente; entonces los cuerpos que caen hacen un ruido sordo que no oírás Vd. ya, porque al equinoccio la langosta se mueve en todas partes.

Penetramos en una garganta solitaria, guarnecida de rocas verticales, áridas, pero sobre las cuales reinaban el azul sin mancha, y la luna que crecía ocultándose. Un grito, y otro, y otro sentimos encima de nuestras cabezas, gritos breves, dolientes, repetidos por las rocas; eran los gritos del ave sencilla que huía del halcón que se cernía sobre ella.

— ¿Debe seguirnos hasta aquí la imagen de la guerra? dijo mi compañero. ¿Es la atmósfera un campo fúnebre de batalla? ; No obstante cuán puro es ese cielo!

Aquella gloriosa jornada debía ofrecernos los huéspedes mas carnívoros del aire; las aves de rapiña que buscan los despojos de las provisiones de los viajeros; ¡la que quebranta los huesos con su pico, y los devora como su última y siniestra comida!

Mi compañero contemplaba a veces al carnívoro animal con amarga satisfacción, otras apartaba la vista de él para fijarla en las pequeñas curruacas cenicientas, hijas pacíficas de las rocas que beben el agua del lago Oncet.

— Vuestro canto, dice este jóven singular al pájaro curioso que nos miraba con sorpresa, pero sin miedo, es dulce como vos mismo, dulce y triste como tu ceniciento plumaje; ¡habitantes de los bordes áridos de este lago verde, habitantes familiares y pacíficos, yo os saludo!

Dejamos nuestras cabalgaduras, y almorzamos junto a un agua que hubieramos bebido de buena gana, pero estaba helada. Miéntas yo me consolaba con buen vino de Burdeos, mi compañero, que no quiso beberlo, recogió nieve en la mano, y sacando un frasco del bolsillo, vertió en ella cuatro ó cinco gotas.

— ¿Qué hace Vd. ? le pregunté.

— Tomo un poco de quinina, respondió: suelo tener a veces la fiebre.

Después de haber bebido, añadió:

— La nieve estaba helada, y me ha parecido amarga.

En vano le llamaba la atención sobre el césped del olimpo con flores rosadas, gracioso ornamento de aquellos sitios salvajes: parecía que no quería ver nada que fuese gracioso. Y cuando llegamos a la cima del Pico, estrecha plataforma a tres mil metros sobre el nivel del mar, juzgué que la vista repentina é inmensa que se extendía a nuestros pies le produciría una emoción agradable: me equivoqué. En vano derramaba el sol sobre el maravilloso paisaje un ropaje de luz, tachonado de sombras, que pasean lentamente las nubes de otoño, en vano los ricos valles de los Gaves, del Garona y del Adour acariciaban nuestros ojos con la imagen de la abundancia y de la dicha: sin hablar una palabra fué al borde de un abismo, abierto entre dos peñas del Pico, carcomidas por el tiempo, las lluvias, los vientos furiosos del Oeste, y mirando al fondo:

— Aquel, dijo, que cediera a las fascinaciones del vértigo hallaría aquí una muerte estremecedora, pero segura.

— ¿Qué aspecto ruinoso! añadió contemplando al rededor nuestro las rocas partidas en mil fragmentos por el esfuerzo de los hielos.

Yo le mostré un guijarro por el cual parecía que corría un cristal como si fuera una lágrima.

— ¿Lloran también las piedras?

— Son, le respondí, vitrificaciones producidas por la electricidad que juega sin cesar sobre estas cimas.

— Decid mas bien que son los besos del rayo; besos, después lágrimas, ¡siempre lágrimas!

La exclamación me se figuró tan singular, y la idea tan forzada, que no dudé que me había reunido a un lirico exagerado, discípulo de la escuela romántica; pero mirándolo con esta idea, me arrepentí muy pronto, porque en pie a la sazón sobre la extremidad de la cima, un rayo que iluminó su frente hizo brillar a mis ojos la sinceridad y la altivez. Volvióse hacia la larga cadena de los Pirineos enteramente descubierta:

— ¿Qué marea, dijo, ha levantado estos montes como olas fijas é inmóviles en el colmo de su ascensión? ; Qué

violenta erupción ha hecho brotar del seno de la tierra estos picos de siniestra figura, que produjo sin el tumulto de un espantoso cataclismo?

Yo respondí que la formación de las montañas no era muy conocida; que se atribuía a la desigual frialdad del globo, a presiones, a hervideros internos, tal vez a la influencia de un astro pasajero, que removiendo la masa fluida de nuestro planeta, rompió su corteza.

La conversacion cesó, después de algunos instantes de silencios mi compañero se quejó de que aun subían los ladridos de los perros y los repiques de las campanillas, que yo no percibía, y me propuso el ir a una cresta mas meridional: allí se sentó sobre una roca, y apoyando la frente en su bastón, no podía, a pesar de su inmovilidad impedir el roce de su vestido. « ¿No es cierto que hago mucho ruido? dijo a media voz; solo me oigo a mí mismo aquí. » Y poco después: « ¿No será muy pronto la hora de callarme del todo? » Contenia la respiración, y permanecía absorto en profunda meditación.

Durante aquel tiempo herboricé yo, pero como sonaba la caja de lata en que ponía las plantas, él se estremeció, abrió los ojos, y exclamó con enojo:

— Me creía sumido en la oscuridad sin movimiento y sin voz, en la oscuridad duradera, y Vd. me restituye a esta posada, a nuestra noche pasada, ¡al cuarto con dos camas!...

Esta salida me desagradó, pero me contuve y me aparté por un exceso de discreción. Cuando la hora me obligó a buscarlo, me dijo con afecto y como quien desea reparar su inurbanidad momentánea:

— Le agradezco a Vd. que me haya procurado esta calma, (mas tarde comprendí que el silencio de la naturaleza lo preparaba al silencio de la muerte); jamás he gozado de una paz semejante: ¡ningun ruido, ningún movimiento, sino es el de esa espiga de avena que agita en la roca la ligera brisa!

— Es la avena de las montañas, repuse yo, y cogiéndola entre mis dedos: Está vacía, el frío se ha apoderado de ella al tiempo de la fecundación; no tiene granos.

— ¡Una estéril espiga de avena, es pues, todo lo que vejeta aquí, dijo él; un aire invisible y sordo todo lo que se mueve!

— No crea Vd., respondí yo, que los aires sean tan apacibles; ellos mugen, terribles ráfagas lamen el monte y llevan hasta la cima insectos arrancados a las yerbas; hasta los pájaros son arrebatados por el viento; pero el huracán pasa, el ave y el insecto abandonan la cúspide inhospitalaria, la vida se retira de ella, el desierto vuelve a convertirse en desierto.

— No obstante, el verano produce aquí un cambio pasajero: algunas mariposas oscuras se despiertan para vivir, es decir, para amar; la segunda quincena de julio las ve nacer y morir; jamás salen de esta región helada, donde brillan, vuelan, en esta altura donde todo espíra, excepto estos ligeros amores!

— Pero el invierno cubre de nieve al Pico; y adios la vida, excepto en esos huevos depositados al pie de las gramíneas, donde preparan silenciosamente una vida. Hasta las aves de rapiña se van; el halcón a los tristes abetos, el buitre al mar. Solo el águila se queda en el Pico.

Con esta conversacion bajamos. Los rayos oblicuos del sol encendieron las pequeñas ondas del lago. En la estrecha garganta de las rocas oímos los gritos de los pájaros perseguidos por el ave carnívora: el silencioso verdugo paseaba por el aire su corpulenta mole, su horrible pico; continuó su caza y se alejó.

Miéntas los pajarillos cantaban en libertad en el hueco de las rocas, mi compañero gritó: un banquete perdido; ¡que lo celebren! servirán para otro festín. Y viendo que buscaba insectos bajo las piedras:

— ¿Porqué debajo de las piedras? me preguntó él.

— Porqué en ellas se esconden huyendo del pico de los pájaros, que no evitan siempre, le respondí yo.

— Muy bien, repuso mi compañero; es una matanza universal; ya lo habia sospechado: la naturaleza tiene dos modos, dos columnas; el amor y la guerra; ¡y el amor mismo, no es la guerra? ; a lo menos entre los hombres?

Iba a responderle cuando las voces de un pastor que traía a los valles el rebaño, resonaron en nuestros oídos; aquellas voces arrancaron a mi compañero estas palabras:

— Cascada de notas, grito inspirado por estas soledades, donde todo baja, las piedras, el agua, la nieve, y el hombre también, dijo él, ¿no romperá esta armonía salvaje? ; de la cima de sus días cae en la nada!

Al decir esto con voz sorda, el melancólico jóven cortó un tallo de dafne *filippi*, que le agradaba sin duda por su verde oscuro de fúnebre aspecto. ¿Veía quizá en él el emblema de ese árbol de vida que produce para nosotros frutos sombríos y venenosos? No lo sé; pero parecía que estaba pidiendo a la naturaleza signos para su triste corazón, y su conversacion no fué en verdad mas que una dolorosa elegía de que participé a veces por preguntas que provocaban contestaciones de su secreto y exclusivo pensamiento de angustia y de luto.

Próximos a la posada, las nubes descargaron su pesadumbre en una lluvia que doraba el sol; la tempestad se calmó en los aires, pero no en su corazón. Hacia el anoecer, miéntas el cielo se cubría de estrellas, por el Sur, el Occidente y el Norte brillaban a la luz de los relámpagos. No esperé la consecuencia de estas amenazas; me despedí de mi compañero y regresé a Bagnères.

Al día siguiente las cataratas del cielo se abrieron so-

bre los valles y cubrieron de nieve las montañas; no recuerdo tiempo mas húmedo y sombrío. La naturaleza, los animales y los hombres parecían igualmente consternados. Aquel fué su último día.

Dos paisanos que habian cortado piedras en los costados del Pico del Mediodía, volvían a Gripp con su pesada carga hacia mitad de la noche. Uno de ellos apercibió a la luz de la luna un bulto en el fondo del valle cerca del torrente; al pronto creyó que era un águila abatida por algun diestro cazador; pero decidiéndolo la curiosidad a bajar, vió a un hombre tendido, inmóvil, y echó a correr dando voces. Su camarada mas valiente, sin duda, y ménos superticioso, se acercó, y dando con el pié al hombre: « ¿Estás muerto ó vivo? ; Responde! » le dijo con energía (si está vivo, él hablará, pensó entre sí;) pero viendo que no respondía, se acobardó también, y como hombre discreto se fué a dar parte a la gente de Gripp y a los magistrados de Bagnères.

El juez, el promotor fiscal, el escribano, y un médico se dirigieron a aquel punto, y en presencia de la justicia no se temió tocar al muerto que tenía la cabeza agujereada con dos balas, y una pistola en cada mano; una sola de las dos estaba descargada; la otra con carga doble también, debía suplir al primer disparo, pero no fué necesario, y solo sirvió entre los dedos crispados del cadáver para mostrar su irrevocable resolución. No se notaba en él ningun síntoma de desorden; su camisa no estaba manchada, y el sombrero se hallaba en un altito donde se habia sentado.

Suponen que a pesar de lo que le dijeron los posaderos, se empeñó en dirigirse la mañana del 22 hacia Bagnères; pero siguió el camino nuevo que no se extendía entonces mas que hasta un peñasco, poco distante del Adour. La roca debía desaparecer pronto; pero este obstáculo parecia como si le dijera: ; no pases de aquí! El Adour bajaba furioso, la nieve caía como un sudario; el cielo estaba encapotado; en medio de la sombría naturaleza ejecutó su atentado con estóica tranquilidad.

La luna se levantaba sobre el pueblecillo de Santa María, cuando las gentes de Gripp llevaban en unas parihuelas el cadáver, cubierto el rostro con su gabán. El párroco le negó la entrada en el cementerio, y se abrió una sepultura en frente de la puerta. Recogido el traje por la justicia, una mujer ofreció un lienzo donde fué envuelto, descansando ahora en un camino, donde el signo de la cruz no revela al pasajero que pisa un sepulcro.

No se ha descubierto nada de este desgraciado. Por lo que se vió, arrojó y destrozó sus papeles, y solo se pudo leer en alguna hoja de su cartera palabras al parecer olvidadas, y que por otra parte ninguna luz daban ni sobre su procedencia, ni sobre sus antecedentes.

Procediendo negativamente, presumo que ni un revés de fortuna ni una ambición frustrada no habrían podido abatir hasta tal acto su alma juvenil, bien templada, activa, capaz de luchar contra los males reales y la adversidad; superior a esa vanidad del amor propio rebajado, que se reconcentra y sucumbe, prefiriendo aniquilarse mas bien que resignarse a un destino común, que podría sin embargo el pensamiento ennoblecen. Me inclino a creer que con un alma fuerte, su corazón fué un poco tierno y se doblegó bajo el peso de sufrimientos de la órden espiritual. Tal vez lo conmovieron esos sueños que el amor suscita en los jóvenes. Tal vez intentó realizarlos violenta ó imprudentemente: la experiencia de la vida no pudo ahuyentar esos bellos sueños que fueron indestructibles. Conociendo al fin que debia renunciar a ellos ó morir, prefirió la muerte persuadido de que después de tan maravillosa vision, no era conveniente vivir con una funesta realidad.

Pero todas estas son simples suposiciones, que como tales ofrezco al lector para que levante sobre ellas, ó sin ellas la hipótesis que mas le acomode. Yo he dicho lo que he visto de los últimos instantes de la vida de este jóven. El suceso llamó mucho la atención, y aun quizá quedan vestigios en el polvo negro del tribunal de Bagnères de Bigorre. Pero tan triste drama, hiriendo un momento la imaginación del pastor de los valles, se pierde ya en su indiferente memoria.

Viajes por los rios de América.

EL PARAGUAY.

Entre las antiguas provincias del la Plata, hay una que en t dos tiempos ha llamado la atención de la Europa; en el siglo último se oyó hablar del Paraguay, por el ruido que metió en el mundo filosófico y religioso la noticia de un Estado fundado por los jesuitas en medio de tribus salvajes, y en el mundo docto por la singularidad de un déspota que durante veinte años hizo de su país la China americana; a estas dos causas de aislamiento debe la nueva república del Paraguay el sello de originalidad que la distingue de sus hermanas que baña el Rio dela Plata.

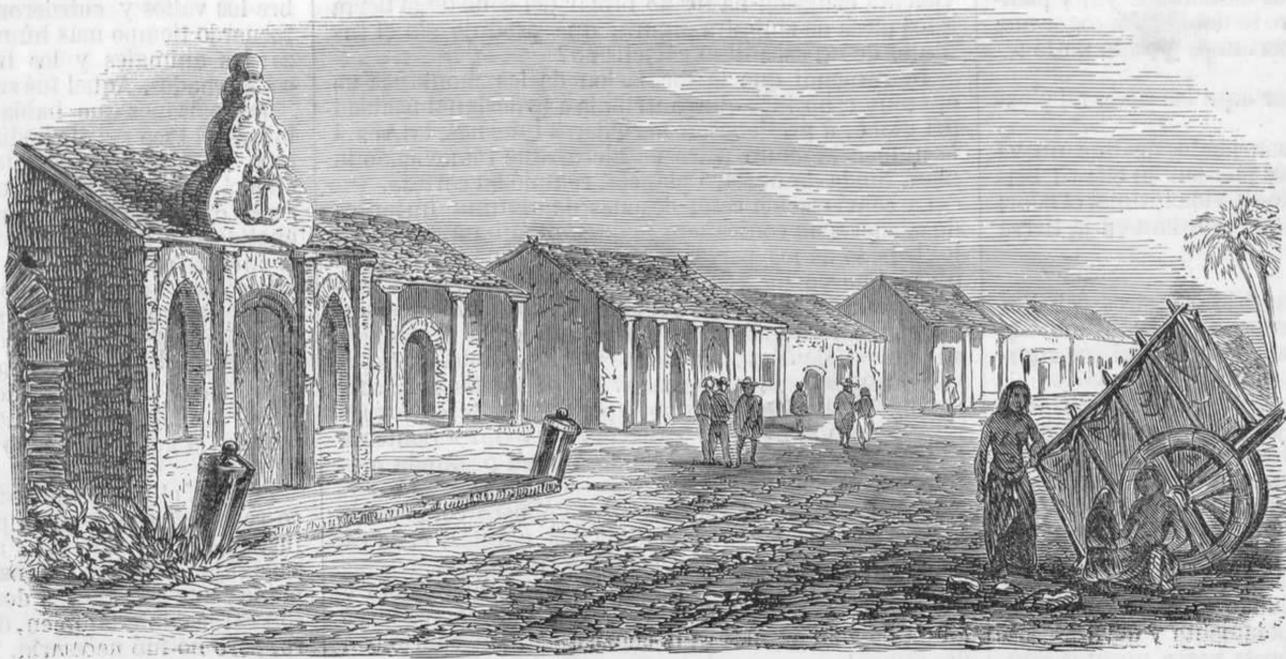
Colocado el Paraguay en el punto céntrico donde nacen los majestuosos rios de la América del Sur, se halla encerrado por las selvas vírgenes del Brasil y por las soledades del Chaco; la Providencia le ha dejado por única vía de comunicación el hermoso rio que la atravesía del Norte al Sur. Después de andar unas doscientas

tas leguas el río Paraguay se mezcla con el Panamá, y corre con este último doscientas cincuenta leguas mas ántes de perderse en la mar. He ahí la inmensa extension de agua que recorrieron los españoles cuando en 1670 pusieron la primera piedra de la ciudad de la Asuncion. Despues de muchas tentativas de establecimientos, destruidos por los indios, la España resolvió aplicar el sistema de colonizacion á cuyo beneficio adquirió en poco tiempo la posesion de todo un mundo.

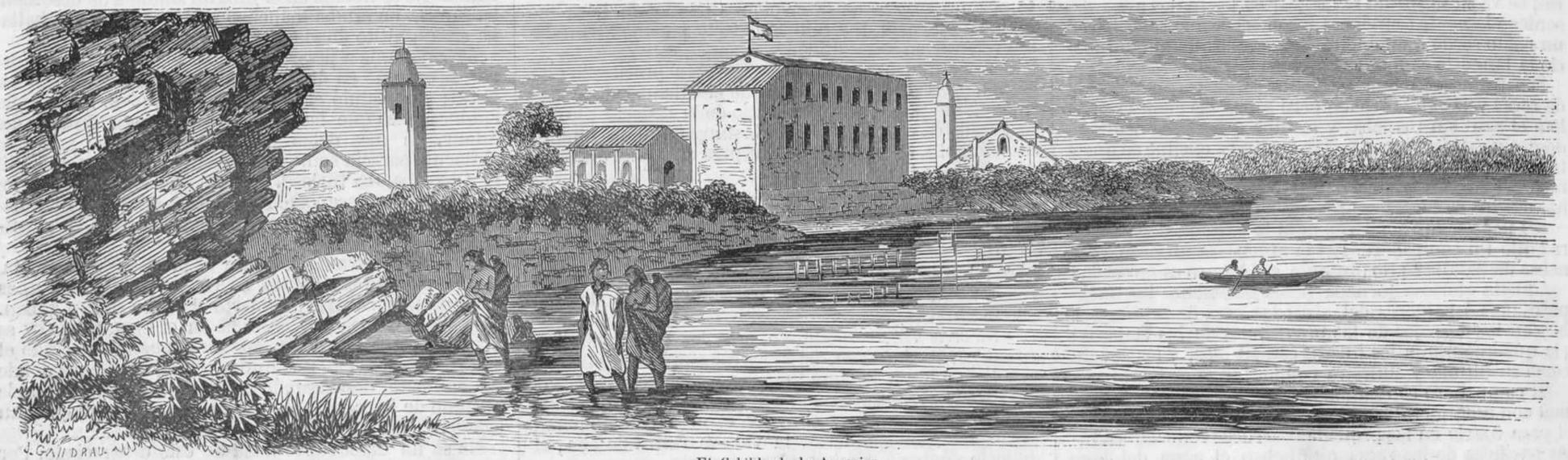
La España dividió el territorio de sus nuevas posesiones por capitánias, á cuyo frente colocaba un militar ó un

señor rico con atribuciones absolutas.

En tal estado se hallaban las cosas cuando los padres de la Compañía de Jesus pidieron á Fernando la autorizacion de catequizar á los indios guaranios; y el rey otorgó á los jesuitas el derecho de gobernar y de instruir á las orillas del Parana y del Paraguay á los indios que convirtieran... Los jesuitas salieron, pues, de Buenos Aires en frágiles canoas, llevando por único emblema una cruz de palo; subieron el Paraná entonando los mas bellos cánticos, tendiendo á los salvajes de las riberas sus manos amigas, y mostrándoles la señal de la redencion;



Expedicion francesa al Paraguay. — Una calle de Corrientes.



El Cabildo de la Asuncion.



Casa que habitó el estado mayor del Flambart en la Asuncion.

mas de una flecha extinguió para siempre la voz del que cantaba, pero los hermanos inflamados por la vista y la esperanza del martirio, continuaban sus piadosos conciertos. Los salvajes sorprendidos, dejaron caer sus flechas y siguieron de lejos las canoas; pero aproximándose poco á poco á ellas, concluyeron por mezclar sus cánticos sencillos á los de los soldados de Dios. A cada instante se aumentaba la comitiva; los primeros indios llamaron á otros y concluyeron por formar todos una



El puerto de la Asuncion.

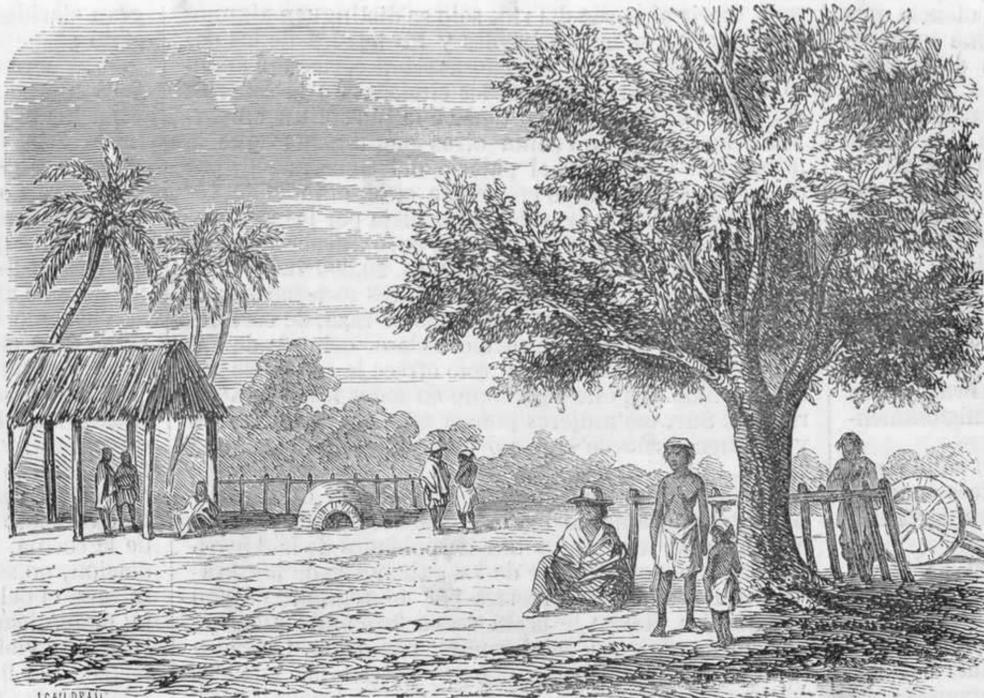
muchedumbre inmensa, conmovida y enternecida, en cuyo seno desembarcaron los jesuitas dando gracias á Dios, y plantaron en señal de conquista la cruz que acababa de ganar tan esplendente victoria.

Los medios de civilizacion empleados por los jesuitas fueron enteramente opuestos á los de los capitanes; el temor y el respeto fueron su única defensa; la dulzura y la caridad sus únicas armas. En el centro de un sitio encantador, bajo la sombra de unos árboles tan viejos como el mundo,

se elevaron como por encanto humildes chozas bañadas por el rio, y en medio de la aldea, separada de los almacenes y talleres se veia una modesta capilla, donde acudian á orar los recién convertidos al cristianismo.

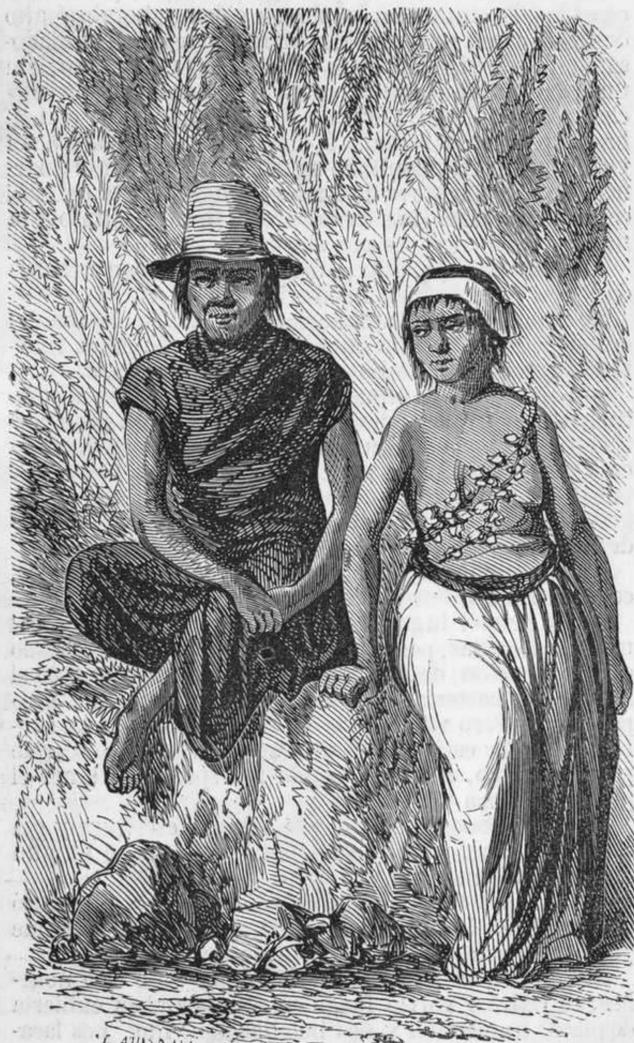
En este nuevo estado todas las riquezas eran comunes, y los productos del cultivo depositados en el presbiterio, eran esparcidos por los jesuitas al exterior en cambio de artículos extranjeros que distribuian despues en las familias segun las necesidades de cada una; la tierra se hallaba dividida en porciones que cultivaban las familias guiadas por un agricultor entendido, y además habia un vasto terreno público llamado el Campo de Dios, cultivado en comun, ó por los indios que habian merecido aquel ligero castigo. El producto de esta explotacion se destinaba á suplir las malas cosechas.

Los niños educados por los misioneros entraban en su juventud en la carrera á que los llamaban



Chacra, en las cercanias de la Asuncion.

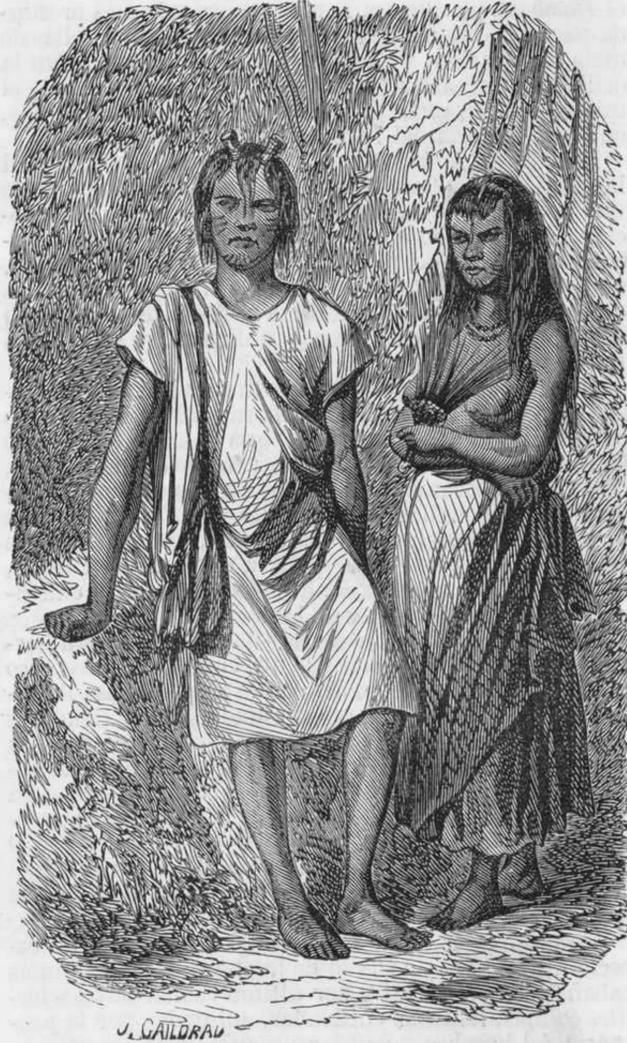
sus gustos ó inclinaciones naturales; unos se dedicaban á las artes y oficios, y otros á la vida del campo, y guiados por los jesuitas eran bien luego arquitectos, labradores, etc.; por último, los que sentian aun en sus venas el ardor de la vida errante, iban con los rebaños á las soledades del Chaco. Estas inocentes poblaciones vivian dichosas, dirigidas por los religiosos; sin necesidades, sin deseos y sin cuidados, entusiastas de sus fiestas religiosas, donde las pompas de la naturaleza se unian tan bien con la grande idea de Dios, amaban su benéfica tutela, cuando la España y el Portugal cansados de las disputas que ocasionaban los limites de sus conquistas, hicieron una reparticion en que las misiones españolas pasaron á poder del extranjero; armados y guiados por los jesuitas, los indios combatieron largo tiempo, pero vencidos por las armas y la táctica europea, desaparecieron dejando en la historia una página sublime, y en la filosofía una víctima mas para



Indios Robas.



Jóvenes Guarano.

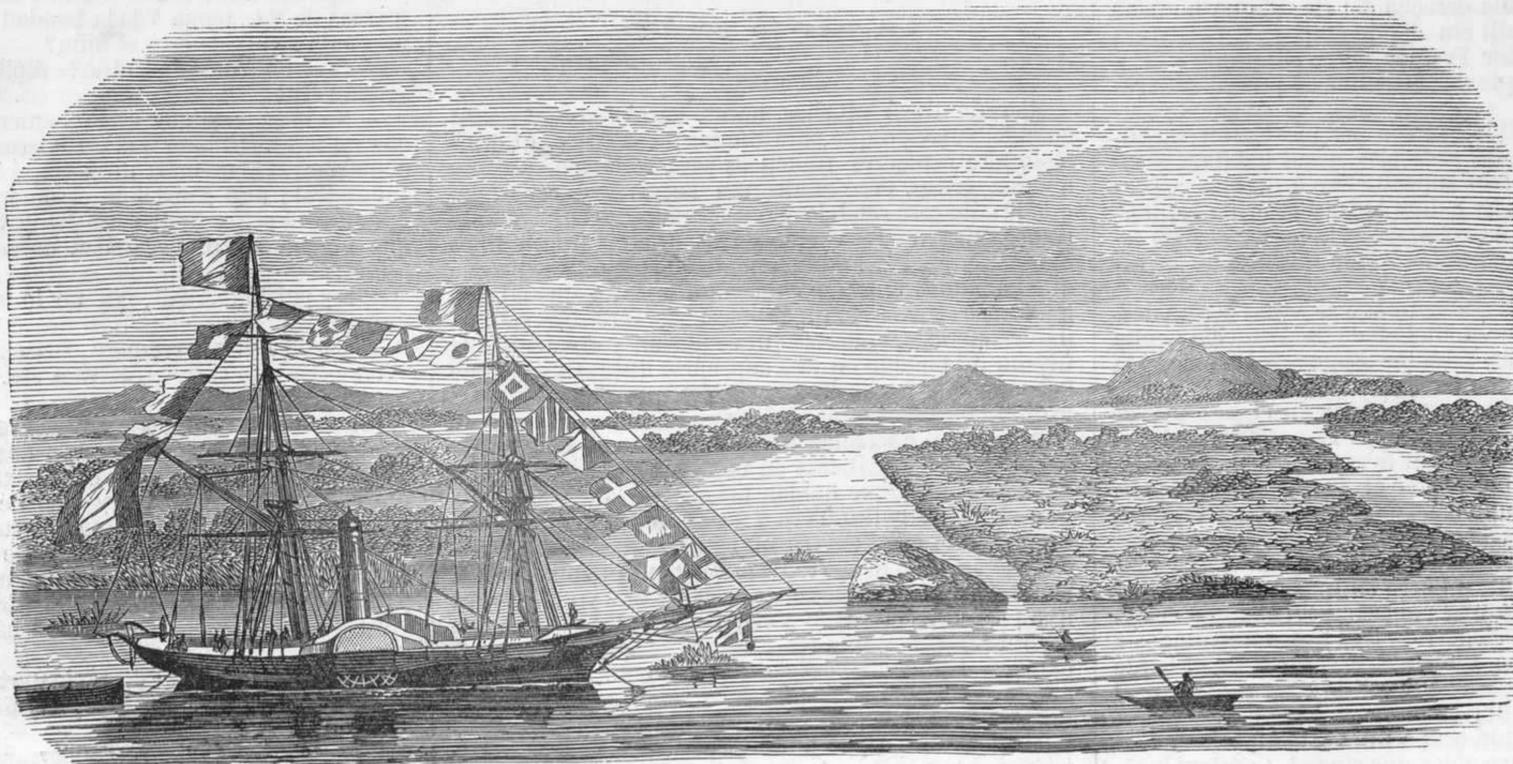


Indios Payagas.

la religion de Cristo.

Despues de la desaparicion de los indios y de la expulsion de los jesuitas, el Paraguay cayó otra vez en la barbarie, hasta el dia en que clasificado como provincia dependiente de Buenos-Aires, la Asuncion vió llegar á sus muros un gobernador con tropas y nuevos emigrados.

El doctor Francia libertó al Paraguay de los horrores de las guerras civiles; pero en el aislamiento en que le puso el comercio, acabó por cesar totalmente; los capitales desaparecieron,



El Flambart en el rio Paraguay.

y los productos del Paraguay tan estimados siempre, no se vieron durante mucho tiempo en los mercados de la América del Sur.

Despues de la muerte del doctor Francia subió al poder por aclamacion, Antonio Carlo Lopez, hombre sencillo, instruido y procedente de una de las familias mas antiguas de la Asuncion. Nombrado gobernador al cabo de algunos años, empuñó con mano firme las riendas del Estado, y supo prevenir la peligrosa embriaguez que se apodera de un pueblo que se ve li-

bre. Tal es en resumen la historia de la potencia que acaba de pedir á la Europa que sancione una independencia reconocida por todas las repúblicas de la América del Sur.

Inútil es decir que la Francia no fué insensible á este llamamiento. De acuerdo con la Inglaterra el gobierno francés nombró una comision extraordinaria encargada de reconocer la independencia del Paraguay, de unir sus pueblos nacientes con los del antiguo mundo por un tratado de comercio, y de trazar en los rios de ese hermoso país el camino que debe seguir la civilización.

La Inglaterra nombró por ministro plenipotenciario á sir Carlos Hotham, antiguo comandante de las fuerzas inglesas de Obligado, y la Francia envió á M. de Saint-Georges su ex-ministro en la corte del Brasil, para representarla cerca del pueblo nuevo que amistosamente la llamaba.

El 27 de noviembre de 1852, el *Flambart* salió de la rada de Buenos-Aires, con el pabellon francés enarbolado, y bien luego llegó á los pasos que domina la isla de Martín García.

Este islote colocado en el punto donde el Parana y el Paraguay forman con su reunion el rio de la Plata, es notable por su posicion militar; el viejo canal que conduce á la embocadura de estos rios, obliga á los buques á pasar al alcance del cañon del fuerte. Nada es mas grandioso que el aspecto de esas inmensas corrientes de agua, que despues de mil rodeos van á perderse en el horizonte entre los árboles. La embocadura del Parana, llamada Boca del Guaza, fué la que siguió el *Flambart*, porque era la mas segura y la mas profunda para los buques fuertes. Despues de veinte dias de mala navegacion, y despues de haber saludado en la orilla argentina los fuertes derruidos de Obligado, el ministro de Francia se detuvo delante de Corrientes, en la confluencia del Parana y del Paraguay.

El 10 de enero de 1853, el *Flambart* salió de la ciudad hospitalaria de Corrientes para entrar en una de las tres bocas que forman la embocadura del rio desconocido. La escuadrilla del Paraguay que defiende la entrada de la boca del medio, saludó el emblema tricolor, sin exigir del capitán la lista de los hombres y armas que contenia el buque. Antigua costumbre que caia en desuso, y que parecia presagiar al ministro francés los mas felices resultados.

Guiados por un indicio y arrastrados con una velocidad de mas de diez millas por hora, cada recodo del rio cambiaba el cuadro movido que pasaba por delante de nosotros. El Paraguay, ménos fogoso que el Parana, corre majestuosamente entre dos hileras de árboles, cuyas ramas se hallan entrelazadas con los bejuques que forman mil caprichosos arabescos. La vista no descubre mas que una inmensa perspectiva de flores y de hojas, una vegetacion asombrosa, húmeda de rocío, y embalsamada con los perfumes de la noche.

Sobrecogida con el aspecto de esta naturaleza tan hermosa, la vista se corta de repente cuando aparece otro cuadro; ante nosotros se desartolla una inmensa llanura, cuyo horizonte solo está limitado por los cielos; es aquello el desierto, pero un desierto de perlas secas y quemadas, donde deja caer el sol sus rayos perpendiculares. Se acabaron los bosques y la verdura; aquí ya no hay movimiento, si no es el de la caña que se inclina al soplo de la brisa; ya no se oye otro ruido que el de una cigüeña, centinela que advierte con un grito á la prudente bandada, que hay á la vista un huésped forastero.

Durante largas horas esas soledades presentan un aspecto uniforme; solo se ven de trecho en trecho algunas cabañas con soldados, y por último vienen despues fértiles colinas, llanuras cultivadas, animadas por la presencia del hombre y de los animales, cuyo aspecto europeo recuerda al marino desterrado el campo y el techo paterno.

La primera poblacion que vimos fué la del Pilar, construida á la orilla derecha del rio, y que no tiene nada de notable; allí era donde empezaba la barrera elevada por el doctor Francia entre el mundo y él, y allí dejaban los buques los artículos de procedencia extranjera.

Oliva, Villeta y Villa Francia nos mostraron sucesivamente las casas todas parecidas, y sus habitantes sobrecogidos de un terror supersticioso á nuestro aspecto. Estas poblaciones se hallan todas á la orilla izquierda del rio; la orilla derecha, desierta y silvestre no está habitada mas que por las tribus errantes de los indios.

Por fin, despues de andar unas doscientas leguas descubrimos la misteriosa ciudad de la Asuncion oculta por una roca; algunos minutos despues fondeamos á la distancia de un tiro de fusil del palacio del gobernador; y en el mismo instante enarbolamos en el palo mayor el estandarte de la Francia y el del Paraguay saludados por veintium cañonazos. En tierra la respuesta no se hizo esperar mucho, pues en el fuerte vecino flotaba tambien sobre el humo del cañon el pabellon tricolor, y en las casas se enarbolaba el pabellon nacional.

El ministro de Francia acompañado del estado mayor del *Flambart* se tué á tierra en medio de los funcionarios públicos y de una poblacion curiosa que le siguió hasta su habitacion. Nosotros nos apresuramos á buscar cada cual una vivienda mas modesta al borde del rio, deseosos de pasar á la sombra las costas que el servicio nos dejaba libres.

La Asuncion aunque ocupa un vasto espacio de terreno, mas bien parece aldea que ciudad. Construida sobre una colina que formando una cuesta insensible vie-

ne á morir al borde del rio, solo se distinguen algunos campanarios sobre los árboles y los tejados de las casas; las calles anchas y arenosas están cortadas á ángulo recto como las de todas las ciudades de la América del Sur. Las casas suelen tener á la puerta un emparado. La ciudad no cuenta otros monumentos que la iglesia del Cabildo y el palacio del Gobernador; por eso, solo en el campo encuentra el observador la recompensa de las fatigas del largo viaje por los rios.

La poblacion del Paraguay es aproximadamente de 600,000 almas, de las cuales unas 20,000 habitan la Asuncion; todo este pueblo forma tres sociedades fáciles de clasificar por sus diferencias de raza, de costumbres y de educacion. La primera clase, oriunda de España, pura de toda mezcla, solo ofrece la huella de un tipo perdido. En este país, como en todos los de la América del Sur, las mujeres poseen un sello de distincion y de buen gusto de que no podemos formarnos una idea.

La clase de medio pelo, raza cruzada de españoles y de indias guaraní, forma la poblacion típica del país; numerosa en los estados tan despoblados de la América, difiere esencialmente de los gauchos y de los brasileños. Los hombres, fuertes por lo regular y bien constituidos, llevan impresa en su fisonomía una expresion de dulzura inteligente y resignada. Labradores ó pastores en su mayor parte poseen las virtudes del hombre campestre, y son sobrios y hospitalarios. Para ellos el mundo entero está reducido á su familia, á su valle, y á su modesta iglesia. Su traje no carece de gracia; cubiertos con un pantalon cuyas sedosas franjas caen sobre botas de cuero de color, llevan tambien aunque con mas elegancia, el penacho del gaucho de la Plata; su cabeza cubierta con un sombrero de paja por donde se escapan los bucles de una cabellera negra como el ébano, se halla adornada con grandes ojos en que reina una serenidad notable bajo el cielo de fuego de los trópicos.

Sus mujeres, aunque pequeñas de estatura, son muy bien hechas; llevan con mucha gracia un manto blanco bordado de negro; en sus cabellos brilla siempre una flor silvestre; el color de su cutis, parecido al ardiente resplandor de un bronce que arde todavia, se armoniza admirablemente con el brillo de sus ojos; esas mujeres han conservado los voluptuosos ardores de la sangre india, y al mismo tiempo guardan tambien la adorable adolescencia de la sangre española.

La última clase se compone de indios-Robas y Payagas acampados al borde del rio en chozas de caña. Desde hace muchos años estos desgraciados dejaron sus selvas y abandonaron su vida salvaje, no para disfrutar de los beneficios de la civilizacion, sino para recoger sus venenos y sus vicios; entregados á la embriaguez mas vergonzosa estas pobres tribus diezmadadas cada dia por el agua y el fuego, acabarán por desaparecer poco á poco. Su única ocupacion es la caza ó la pesca, y suelen tambien ir al llano á recoger yerba para el ganado de la ciudad; pero al instante consumen en las pulperías, ó tabernas, el precio de su trabajo.

En los dos meses que permanecimos en la Asuncion oimos mil cuentos curiosos á los indios y á las personas del país. Llenos de visitas á bordo, ejercitabamos nuestra tripulacion ántes de que saliera el sol, y mostrabamos á esos pueblos, finos y observadores á la vez, un buque de guerra que hacia honor á la marina francesa.

Entretanto la diplomacia seguia activamente las negociaciones, y el dia en que se firmó el tratado de comercio, saludamos con nuestras insignias y nuestros cañones el reconocimiento de la independencia del Paraguay.

Un secreto perdido.

(CONCLUSION.)

Mi viaje duró muchas horas. Parabamos de vez en cuando, supongo que para mudar de caballos. Al principio hice esfuerzos frenéticos para soltarme, y hacer oír mis gritos. Pero estaba tan sujeto y amordazado, que pronto cesé rendido y desesperado. Por fin nos paramos. Otra vez fui cogido y trasportado durante unos diez minutos. Por lo difícilmente que respiraba, juzgué que habiamos entrado en alguna casa, y que tal vez habiamos atravesado un subterráneo. Subimos y bajamos escaleras. Oí puertas que se abrian y cerraban. Por último fui tendido en una superficie dura. Quitáronme la mordaza y las ligaduras, cerróse una puerta pesada, y quedé en libertad de moverme y hablar.

Mi primera operacion fué quitarme la capa que me envolvía aun. Hallábame en una oscuridad tan profunda, que creí que me habian privado de la vista por algun medio diabólico. Pero á fuerza de mirar, logré distinguir sobre mi cabeza un agujero que dejaba penetrar un rayo de luz. Ví que estaba en un subterráneo, pero no ciego. La superficie sobre la que yo estaba era una piedra. Arrastréme por uno y otro lado para conocer mi prision, y solo tenté la fria losa del suelo y las paredes. Dos horas empleé inútilmente en buscar la puerta. Pe lí socorro; nadie vino.

Dos dias permanecí en aquel antro; — ese tiempo calculé por la sed y el hambre que sufrí. Entónces juzgué que pensaban matarme de hambre. A la mitad del tercer dia oí un ruido de llaves; la puerta se abrió; una

gran claridad me deslumbró: una voz conocida me gritó:

— ¡Fuera de aquí! como se hubiera hecho con una fiera enjaulada.

La luz era tan fuerte que al pronto me cegó. Pero me arrastré hácia la puerta, y al levantarme me hallé en un patio en frente del hombre del gaban gris.

Pero ya no estaba vestido con él. Llevaba una chaqueta encarnada con galones de oro, tan ajustada con unas faldas que formaban cola, que en otras circunstancias me hubiera hecho reír su ridiculo traje. No me prestó mas atencion que á un desconocido, como si en su vida me hubiera visto, y contentándose con hacer signo á dos criados con librea para que me cogieran del brazo, rompió la marcha contorneándose.

Pasamos por media docena de puertas y otros tantos patios. Los edificios que los rodeaban eran de bella arquitectura, y en uno de ellos pude distinguir por las rejillas del piso bajo á muchos hombres con chaquetas y gorros blancos. En lontananza una fila de cacerolas de olor delicioso me hicieron conocer que estabamos cerca de la cocina. Parámonos algunos instantes en la inmediacion, no sé si por casualidad ó maliciosamente. Me miraba el del gaban gris por encima del hombre con tal malignidad, que impulsado por el hambre y la cólera, hice violentos aunque inútiles esfuerzos por soltarme. Por fin subimos por una escalera estrecha pero alfombrada, y despues de haber atravesado una galería de cuadros, entramos en una habitacion amueblada con lujo, mitad biblioteca, mitad salon.

Un hermoso fuego chispeaba en el hogar, y dando la espalda á la chimenea, estaba en pié un hombre alto de cierta edad, con cabellos canosos y escasos, cuidadosamente recogidos sobre la frente. Vestia de negro, con una corbata blanca muy estirada, y una cinta de muchos colores al ojal. Cerca de él habia una mesa con libros y papeles, y sentado á ella en un sillón estaba un viejo corpulento, sepultado en una bata ricamente guarnecida, con una gorra de terciopelo negro en la cabeza, con visera verde. Los criados me llevaron junto á la mesa, cogido siempre por el brazo.

— Señor Muller, dijo el del frac negro con urbanidad y en buen inglés, ¿cómo lo pasa Vd.?

Yo repliqué con indignacion que no se trataba del estado de mi salud. Pregunté porque se me habia maltratado, robado y hecho sufrir tal hambre y sed.

— Señor Muller, repuso el hombre negro con imperurbable urbanidad, dispense Vd. la manera poco cortés en apariencia con que ha sido Vd. tratado. Nuestra casa no ha sido hecha para cárcel, sino para palacio; y por falta de un calabozo mejor nos hemos visto obligados á utilizar una sala que debió ser ántes una bodega. ¿Supongo que no estaba húmeda?

El hombre de la bata movió sus hombros carnudos, como si riera interiormente.

— En primer lugar, repuso el otro haciéndome señal urbana de callar, porque yo iba á hablar, hemos creído que la posesion de los papeles de esta cartera (y tocó el libro fatal) bastaria para lograr el objeto que nos proponiamos. Pero viendo que la mayor parte de la correspondencia está escrita con una clave cuyo secreto posee Vd. solo, hemos juzgado indispensable tener el placer de ver á Vd.

— Yo no conozco mejor que Vd. esa escritura y esa clave, exclamé, y juro ante Dios que no poseo ningun secreto concerniente á Vd.

— Debe Vd. tener hambre, señor Muller, prosiguió el hombre de lo negro, no prestando atencion á lo que yo habia dicho. Carol, traiga Vd. la colacion.

El hombre del gaban gris, designado bajo este nombre, se retiró y volvió luego con una bandeja cubierta de platos humeantes y dos botellas de vino. Los lacayos habian medio soltado la presa; el corazon me saltó, é iba á lanzarme sobre la bandeja, cuando el de lo negro levantó la mano.

— Un instante, señor Muller, ántes de reparar sus fuerzas de Vd., tenga Vd. la bondad de contestar á esta pregunta: ¿Dónde está el niño?

— Ja, ¿dónde está el niño? repitió el hombre de la visera verde.

— No lo sé, repliqué con vehemencia; por mi honor que no lo sé. Mil años que estuvieran Vds. preguntándome seria lo mismo; no lo sé.

— Carol, dijo impasible el de lo negro, llevaos la bandeja, el señor Muller no tiene hambre... á ménos que no tenga Vd. la bondad de responder á mi pregunta.

— No puedo, añadí, yo no lo sé ni lo he sabido nunca.

— Carol, dijo mi verdugo, cogiendo un periódico y volviéndome la espalda, llevaos eso. Buenos dias, señor Muller.

Por mas que grité, me se llevaron. Atravesamos la galería de cuadros, pero en vez de bajar la escalera, entramos en una habitacion. Cruzamos el vestibulo iluminado por lámparas, y uno de mis alguaciles se habia parado para abrir una puerta, mientras el otro estaba unos pasos mas atrás, (me habian soltado, y Carlo no estaba con nosotros), cuando un panel de la pared se abrió, y una dama enlutada, — de unos treinta años y muy preciosa, — se inclinó hácia mí por la abertura.

— Todo lo he oido, dijo rápidamente y en voz baja. Habeis obrado con nobleza, persistid y el cielo os recompensará.

No tuve tiempo de responder, porque el póstigo se cerró. Lleváronme de una en otra sala, hasta que entramos en un dormitorio pequeño, sencillo, pero aseada-

mente amueblado. Allí fui dejado, cerrando con llave y cerrojo la puerta por fuera. En la mesa habia un pan negro y un jarro de agua. Los dos fueron consumidos con ansia.

Un día completo permanecí sin mas alimento. Desde mi ventana fuertemente enrejada veia el patio de la cocina, y la vista de los cocineros y el olor de los manjares me volvian casi loco.

Al día siguiente fui llevado de nuevo á la presencia del hombre de lo negro y la del hombre de la visera verde. El drama infernal volvió á comenzar. Tentáronme con las mismas viandas, y cuando manifesté la imposibilidad de responder, se dió orden de retirarlas.

— ¡Deteneos! exclamé desesperado, cuando Carlo iba á desaparecer con la bandeja, creyendo satisfacerlos con una mentira; voy á confesarlo todo.

— Hablad, dijo friamente el de lo negro. ¿Dónde está el niño?

— En Amsterdam, respondí al acaso.

— ¡En Amsterdam!... ¡Qué absurdo! dijo impaciente el de la visera verde. ¿Qué tiene que ver Amsterdam con el tigre azul?

— No necesito recordaros, dijo el de lo negro con tono sarcástico, que nombrar una ciudad ó una nacion no es responder. Vd. sabe que su explicacion concierne al niño está ahí, dijo señalando la cartera; Vd. no lo sabe tan bien como yo.

— Sí, ahí, repitió tocándola el de la visera verde.

— Pero, caballero... dije yo.

La respuesta fué sencilla:

— Buenos dias, señor Muller.

Y de nuevo fui conducido á la prision, de nuevo vi á la dama enlutada, que me ofreció el mismo consuelo celestial, de nuevo devoré el pan negro y bebí el jarro de agua, de nuevo pasé el día y la noche medio muerto de hambre, para ser de nuevo examinado, *tantalizado* y despedido.

— Tal vez el señor Muller quiere oro, dijo el de lo negro el día quinto. Dicho esto, abrió un cajon, y me invitó á que cogiera lo que quisiera en aquellos saquitos de escudos.

En vano protesté que todo el oro del mundo no podia arrancarme un secreto que no poseia; en vano protesté que no me llamaba Muller; en vano descubrí la superchería que habia cometido. El de lo negro movió la cabeza con aire incrédulo, diciéndome que mi alegato le probaba mas fuertemente todavía que yo sabia donde estaba el niño.

Al día siguiente, al volver del interrogatorio á mi pan negro y agua, volví á ver á la dama enlutada.

— Valor, me dijo. Cerca estais ya de vuestra libertad. Esta noche vais á ser trasladado á una casa de locos.

Con dificultad comprendia yo que mi traslacion á una casa de locos pudiera acarrear mi libertad, ni mejorar mi situacion. Pero aquella noche me pusieron una mordaza, me ataron, y me metieron en un carruaje que partió con paso rápido. Viajamos toda la noche, y por la mañana llegamos al pie de un gran edificio de piedra. Allí fui desnudado, examinado, metido en un baño, y vestido con un traje gris. Pregunté donde me hallaba, y me respondieron: en el refugio de enagenacion del gran ducado de Sachs-Pfeigiger.

— ¿Puedo ver al director? pregunté.

— El herr-ober-direktor era un hombrecillo calvo, con la cabeza reluciente y los dientes blancos. Me recibió cortesmente y me preguntó que era lo que podia hacer en mi obsequio. Le dije mi nombre verdadero, mi historia, mis culpas; le dije que era inglés, y le pedí que me pusiera en libertad, se sonrió, y dijo por toda respuesta:

— ¿Dónde está Kraus?

— Aquí, dijo el guarda.

— ¿Qué número tiene el señor?

— El noventa y dos.

— Noventa y dos, repitió el herr-direktor escribiendo. Cataplasmas en las plantas de los piés; vegicatorios detrás de las orejas; mostaza en el vientre, y hielo del Báltico en la cabeza.

Todo esto me fué aplicado. El maldito Kraus me torturó cuanto pudo; y en medio de mi sufrimiento me repetia:

— Dígame Vd. dónde está el niño, Muller, y en media hora os veréis en la calle.

Seis meses estuve en la casa de locos. Si me quejaba al médico del mal trato de Kraus, me recetaba cataplasmas y hielo del Báltico. Las contusiones que enseñaba eran atribuidas á golpes que me daba en mis accesos de frenesí. Los maniacos con quienes estaba encerrado declaraban, como lo hacen por lo general todos los dementes, que yo estaba loco.

Una noche que gemia en mi lecho, entró Kraus en mi celda.

— Levantaos, dijo, ya estais en libertad. Yo habia recibido, ya sabeis de quien, diez mil thalers prusianos para arrancaros vuestro secreto, si podia; pero acabo de recibir veinte mil florines de Austria (suma no despreciable) para ponerlos en libertad. Yo perderé mi destino y debo huir; voy á poner una fonda en Francfort para los ingleses, y haré fortuna. Venid.

Me hizo bajar, salir por una portezuela del jardin, y poniéndome en la mano un paquete de ropa y una bolsa, me dió las buenas noches.

Tiré el traje hospitalario, me vestí y no cesé de andar hasta la mañana siguiente, que llegué á la aduana de un gran ducado. En el bolsillo tenia un pasaporte que fué reconocido por bueno, y pasé sin ser interrogado. Fui aquella misma mañana á la oficina de las diligencias, y tomé un asiento para una ciudad de Alemania,

cuyo nombre no recuerdo. Al cabo de cuatro dias de viaje llegué á Bruselas.

La prision y mis padecimientos me habian enflaquecido, pero pronto recobré salud y fuerzas. Debo declarar que vivia muy bien, y que tanto en Bruselas como en Paris, á donde me dirigí luego, no me privé de ninguna cosa. Una tarde entré en una fonda del Palacio Real. Habia pedido mi comida, cuando observé un papelito entre las hojas del libro de la fonda. Decia así:

«Haced como que comeis pescado, pero no lo comais. Permaneced á la mesa como de costumbre para no suscitár sospechas, pero partid inmediatamente para Inglaterra. No dejéis, al pasar por Lóndres, de ir á ver á Hildeburger.»

Yo habia pedido un lenguado frito, pero cuando me lo trajeron hallé medio de tirarlo por bocados debajo de la mesa. Cuando acabé de comer, llamé al criado y le pedí la cuenta.

— Pagará Vd. al criado principal, caballero, si Vd. gusta, dijo él.

Vino este. Aunque hubiera sido un centauro ó una esfinge no lo hubiera mirado con mayor horror, porque disfrazado de criado, y con una servilleta al brazo, ví á Carol, el del gaban gris.

— Muller, dijo friamente inclinándose sobre la mesa, el lenguado tenia veneno. Decidme donde está el niño, y aquí teneis un contraveneno y cuatrocientos mil francos.

La respuesta fué coger la botella, y descargarla en la cara de aquel bribon con toda mi fuerza. Cayó á tierra en medio de las imprecaciones de los hombres, y los gritos de las mujeres; ¡la guardia! ¡la guardia! Yo salí, y me entré por una de las callejuelas que abundan cerca del Palacio Real. Si el hombre murió ó no, si yo fui perseguido, es cosa que nunca supe. Entré en mi casa sin inquietud, preparé mi equipaje, y parti al día siguiente con la diligencia de Bolonia.

Llegué á Lóndres sin contratiempo, pero no fui á ver á Hildeburger por la sencilla razon de no saber quien era, ni donde se hallaba. La misma noche de mi llegada á Lóndres, me puse en camino para Liverpool, con ánimo de embarcarme para América. Temia permanecer en Inglaterra, no solo por temor á mis perseguidores, sino porque me perseguia el espectro del verdadero Muller.

Ajusté mi pasaje en un vapor que debia partir para Nueva-York dentro de ocho dias. Debía darse al mar un lunes, y el viérnes anterior me paseaba por la Bolsa congratulándome la idea de que muy pronto iba á separarme el Atlántico de mis enemigos. De repente oigo pronunciar en voz alta detrás de mí el nombre de Muller. Me vuelvo y me encuentro con la mirada de un jóven alto, delgado, con nacientes bigotes, vestido á la moda, teniendo en la boca el extremo de una varita de ébano.

— Caballero Muller, dijo saludándome con desembarazo.

— Mi nombre no es Muller, respondí atrevidamente. — Aun no hemos ido á ver á Hildeburger, añadió él levantando ligeramente las cejas.

— Yo sentí un frio glacial en mis venas y respondí balbuceando: ¡N...w...no!

— Mucho nos ha costado tener noticias de Vd., continuó con sangre fria. La dama se obstinaba. En vano se usaba el torniquete y el agua; al fin una prudente dosis de cuerda y polea ha vencido la resistencia.

Yo temblé mas todavía.

— ¿Irá Vd. á ver á Hildeburger ahora? repuso con aspereza. — Aquí cerca está.

— No ahora, tartamudeé. Otro dia iré, ahora no.

— ¿Despues de mañana?

— Sí, respondí apresuradamente, despues de mañana iré.

— Enhorabuena. Allí estaré á las cuatro de la tarde. ¡Bueno! No lo olvide Vd. Hasta la vista, caballero Muller, hasta la vista.

Apénas pronunció estas palabras, se perdió entre la multitud de negociantes.

Al verlo señalar el dia de la cita, no dudé que conocia el de mi proyecto de partida. A pesar de haber pagado mi pasaje para Nueva-York, resolví cambiar de direccion á fin de huir de mis perseguidores. Entré en otra oficina, y averigüé que un buen vapor saldria á las diez de la noche para Glasgow. A Glasgow pues.

A las diez menos cuarto, estaba en el dock con mi equipaje. Llovía con fuerza, y habia una niebla espesísima.

— Por aquí para Glasgow, por aquí, gritaba un hombre con camisa de Guernesey, por aquí; ¡voy á llevar el equipaje de Vd.!

Cogió mi baul, y me hizo bajar y cruzar dos ó tres vapores, hasta que llegamos á la escalera exterior de un cuarto, donde habia un hombre de patillas negras con un farol en la mano.

— ¿Es este el vapor de Glasgow?

— El mismo, me respondió el hombre del farol. Despáchese Vd. porque van á tocar la campana de partida ahora mismo.

— No olvide Vd. á Jack, dijo el hombre de Guernesey que habia llevado mi baul. Le di unos peniques y entré á bordo. Sonó una campana que produjo mucha confusion; las cuerdas jugaban, los equipajes iban y venian. El buque me pareció sucio y repleto de mercancías; para evitar el desorden me fui hácia el timon. A poco rato bajabamos por Mersey.

— ¿Cuánto tiempo cree Vd. que tardaremos á ir á Glasgow? pregunté al timonero. Abrió los ojos como si no

entendiera la pregunta, y murmuró unas cuantas palabras ininteligibles.

Yo volví á preguntar.

— No habla inglés, dijo una voz junto á mí, y nadie lo habla á hordo, excepto Vd., señor Muller, y yo.

Me volví, y con horror ví al jóven del baston de ébano.

— ¡Otro rapto! exclamé. Quiero una lancha. ¿Dónde está el capitán?

— Aquí está, dijo el jóven señalando á un hombre barbudo. El capitán Miloschvitch del piróscapo imperial ruso, con destino á San Petersburgo: como él no habla inglés, yo serviré á Vd. de intérprete.

Aunque temí por su presencia que mi situacion era desesperada, le rogué que explicara al capitán mi error, y que deseaba volver á tierra.

— El capitán, dijo el jóven que habia traducido pregunta y respuesta, ruega á Vd. que crea que no hay error, que Vd. va, no á Glasgow, sino á San Petersburgo; que no puede volver á Vd. á tierra, y que tiene orden de llevarlo á Vd. á Cronstad. Además, debe decir á Vd. que si con gestos ó palabras incomoda Vd. á alguno, lo pondrá á fondo de cala, con cadenas.

El capitán hizo signos como si comprendiera el sentido de lo que él no podia formular, y se tocó los puños y los tobillos en prueba de asentimiento.

Si no hubiera sido un loco, me hubiera conformado con mi suerte, pero estaba tan desesperado, que me abalancé al jóven con la confianza de matarlo, ó de que él me matara. Solo logré ser encadenado y encerrado á fondo de cala. Allí permanecí muchos dias apestado por el olor de la brea, mareado, y sin mas alimento que la galleta y agua corrompida. Por fin llegamos á Cronstad.

Todo lo que sé de Rusia es que hay en alguna parte un rio que lame el muro de una fortaleza, en esta fortaleza una celda, y en la celda un knout. Siete años pasé allí bajo el imperio de las correas del knout, oyendo incesantemente esta pregunta: — ¿dónde está el niño?

Como me sustraje á tormentos aun mas atroces, es inútil que lo diga. Yo he barrido las calles de Palermo, como condenado vestido de amarillo. Yo he desfallecido en las cárceles de la inquisicion de Roma. Yo he sido encerrado en una casa de locos en Constantinopla, apedreado y cubierto de barro que el pueblo me arrojaba á través de los barrotes de mi prision. Yo he recibido la marca de fuego en Tolon y Rochefort, y en todas partes me han ofrecido la libertad y oro si respondia á esta pregunta: — ¿Dónde está el niño? Por fin, acusado de un crimen que no habia cometido, he sido condenado á muerte. Sobre el cadalso me ha sido preguntado: — ¿Dónde está el niño? Como no podia responder, yo he sido...

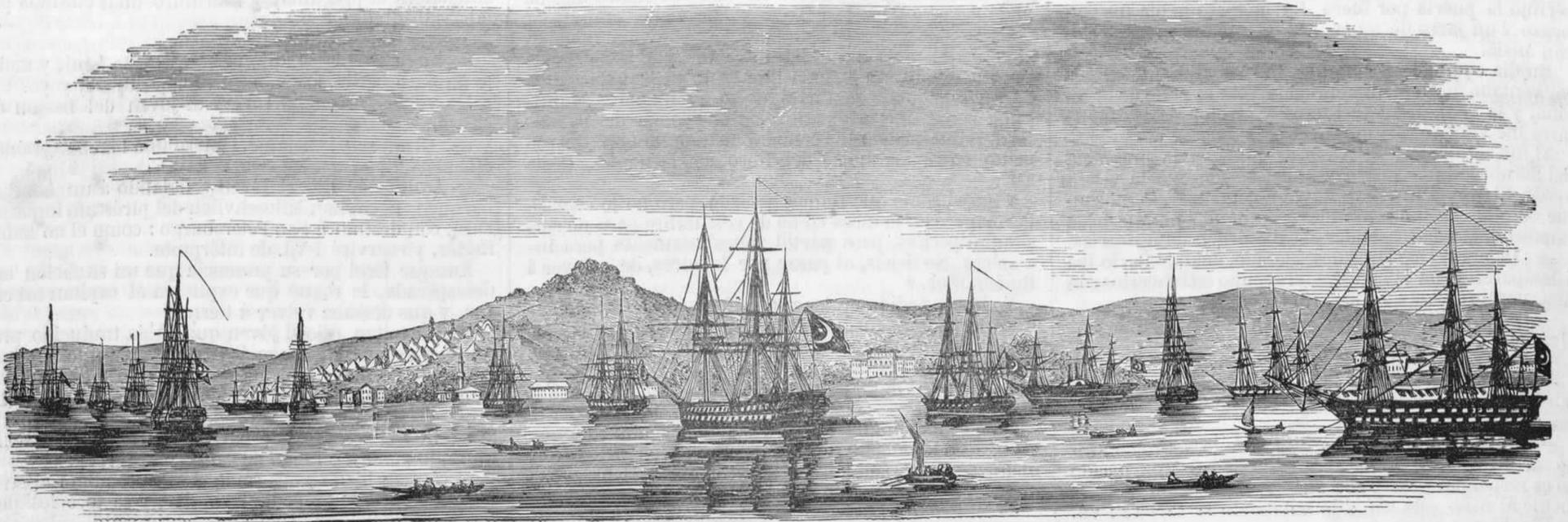
En este momento, mi criada Margery, que no sabrá jamás ahorrarme visitas importunas, llamó á la puerta y me dijo que me buscaban para una consulta. Bajé y hallé á mistress Walkingshaw, mujer de John Walkingshaw, que me dijo que su marido estaba con uno de sus ataques. John Walkingshaw el miembro de la orden antigua de los Hermanos silvanos, y como yo soy el médico de la orden tiene derecho á que yo lo visite mediante cuatro chelines anuales. Cada vez que carga la mano de cidra le da un ataque y me envia á llamar. Disgústome tanto mas esta salida á las dos de la mañana, cuanto que mi desgraciado desconocido habia sido interrumpido en su narracion precisamente cuando iba á explicar el curioso problema quirúrgico de su resurreccion. Cuando regresé, habia partido, y despues no lo he vuelto á ver. ¿Estaba loco, y se habia ahorcado él mismo? ¿estaba cuerdo y habia sido ahorcado en nombre de la ley? ¿habia sido ó no habia sido ahorcado? Esto es lo que no he podido resolver todavía.

Nuevo palacio del Sultan

SOBRE EL BÓSFORO.

El sultan ha mandado construir un nuevo palacio en Dolma-Baktché en frente del Bósforo. El arquitecto de la obra es armenio que ha hecho sus estudios en Francia. El palacio es todo de granito y mármol, y su fachada principal tiene mas de mil piés de longitud. Este palacio será casi una ciudad. M. Smith ha hecho allí para el Sultan un jardin y un pabellon á cual mas deliciosos pues á su gusto oriental agregan las fuentes, la iluminacion de gas y otras mejoras europeas. Las chimeneas son de cristal carmesí y porcelana china, y el pavimento todo de porcelana. Las habitaciones han sido decoradas con un lujo extraordinario por artistas indígenas é italianos que no han escaseado el oro en sus adornos. Los baños son de alabastro de Egipto, y los tejados están cubiertos de plomo como todos los de los palacios del sultan. Además cerca del palacio hay un magnífico arco de triunfo.

Es curioso ciertamente el ver que en las actuales circunstancias y mientras se repiten estas célebres palabras que pueden no ser una profecía: « Los turcos están solamente acampados en Europa » el Sultan responde con esta ironía de mármol á la opinion crédula del vulgo fundada sobre un oráculo. ¿Qué necesidad



La flota egipcia en el Bósforo. Campo egipcio, monte Gigante. Palacio de Abbas-Bajá. Parte de la flota turca.

tenia él de un nuevo palacio? Constantinopla y todas las inmediaciones del Bósforo ofrecen una multitud á su magnificencia; pero ninguno de estos palacios ha sido construido bajo el reinado del sultan Abdul-Mejid, y S. A. quiere dejar á sus sucesores una memoria de su gusto y del esplendor de su trono. Por otra parte esta es una costumbre á la que pocos de sus predecesores

han faltado y de ella derivan los nombres de sus palacios. La historia de la civilizacion del imperio se leeria en caso necesario en el estilo de estos monumentos que llevan el sello de su época y en los cuales se observa el sentimiento del arte y el progreso del gusto pasando por todos los grados entre la arquitectura oriental y la arquitectura clásica cuyo tipo existe en los antiguos mo-

numentos de la Grecia. Esto quiere decir que el nuevo palacio se acerca mas que los otros á la forma europea. Ya hemos dicho que el arquitecto ha estudiado en Francia y que los artistas que han dirigido la obra de decoracion son italianos, y por esto comprenderán nuestros lectores lo que no podamos suplir con el dibujo.
P.



Puerta monumental del nuevo palacio de Dolma-Baktché, sobre el Bósforo.

Traslacion de las reliquias de san Piat.

A fines del siglo III algunos discípulos de la fe cristiana salieron de la Grecia y de Italia para predicar en las Galias su doctrina. Estos misioneros primitivos se llamaban Piat, Quintin, Crispin, Crispiniano, Victoria y Eugenio ó Euberto; cada uno de ellos se dedicó especialmente á catequizar una subdivision de las provincias galas. El cristianismo, doctrina de igualdad y fraternidad era naturalmente una protesta contra el principio de autoridad despótica y servil del viejo mundo romano; por eso los emperadores y procónsules vieron desde luego en los cristianos no solo unos enemigos religiosos, sino tambien unos adversarios políticos, reformadores del orden social de la época, y como todos los tiranos que temen hundirse, emplearon el verdugo y los suplicios contra unos hombres que solo combatian con la fuerza de su santa palabra.

Piat estableció su mision en la ciudad de Tournai, donde produjo muchas conversiones, hasta que el procónsul de la Galia belga le mandó prender y juzgar.

El juez quiso en un principio argumentar contra Piat; pero como el misionero cristiano triunfaba completamente en este terreno, le mandó dar de palos; luego hizo que le metieran entre las uñas hierros encendidos, y como el mártir no cesaba de confesar su creencia en alta voz, ordenó al lictor que le cortara la cabeza. La leyenda dice que el verdugo fué tan torpe, que solo le cortó lo alto del cráneo, de modo que cuando el juez se retiró dejando por muerto á Piat, este se levantó de repente, y atravesando por en medio de la muchedumbre espantada con los restos de la cabeza en la mano, se dirigió hácia la villa de Sellin, donde el santo mártir cayó por no volverse á levantar en este mundo; los neófitos cristianos depositaron su cuerpo en un sepulcro de piedra. Despues san Eloi mandó abrir el sepulcro, halló el cuerpo entero sin ninguna descomposicion, é hizo elevar una hermosa iglesia sobre estas preciosas reliquias.

Desde aquella época las reliquias de san Piat encerradas en una urna se han conservado religiosamente bajo las bóvedas de la villa de Sellin; pero como el tiempo ha deteriorado esta urna, los habi-

tantes de la villa han encargado otra á M. Holvoet jóven artista de Lila.

Preferimos copiar exactamente esta urna de madera esculpida, ricamente adornada, sacada de una prueba fotográfica, á poner aquí una descripcion detallada de este pequeño monumento. Con el grabado delante de los ojos podemos dispensar de elogiar el buen gusto y distincion de la obra de M. Holvoet, del gótico mas delicado y elegante que pueda verse.

La traslacion de las reliquias de san Piat de la antigua urna á la moderna, se verificaron en Sellin el domingo 23 de octubre con una pompa extraordinaria; todas las casas estaban adornadas con colgaduras, y en las calles se veian hermosos arcos de triunfo. En la procesion iban el arzobispo de Cambrai, y los obispos de Tournai y de Gante á la cabeza de un clero innumerable que habia acudido de todos los puntos de la frontera francesa del Norte y del Mediodía de la Bélgica.

En Flandes gustan mucho estas fiestas populares que remedan la ardiente fe de los siglos pasados. Por eso el 23 de octubre la villa de Sellin estaba invadida con una numerosa concurrencia de fieles y de curiosos, pues la ceremonia podia satisfacer á todo el mundo, ofreciendo además de su carácter religioso una alta significacion histórica.

En efecto, san Piat fué uno de los primeros que llevaron la civilizacion cristiana á la Galia bárbara y esclava; este santo esparció en su suelo los primeros gérmenes de igualdad fraternal y de mancomunidad social, principios nuevos que debian comenzar por destruir la esclavitud antigua y el despotismo conquistador, para crear despues á través de los siglos de luchas y de oscilaciones, el espíritu democrático de las sociedades modernas.

Tales recuerdos deben tenerse siempre en la memoria; y la villa de Sellin ha obrado en esta ocasion, la leal y caritativa poblacion flamenca que la condesa de Flandes Juana de Constantinopla, dotó, puede decirse en un mismo dia, de una carta de libertad para sus vecinos y de un hospicio para sus pobres.

H. B.



Urnas de madera esculpida por M. Holvoet, para la traslacion de las reliquias de san Piat en Sellin, el 23 de octubre de 1855.

Un buen chasco.

Es cerca de media noche. Dos hombres se están paseando por el balcon de una casa del muelle Voltaire en Paris; el mas jóven de ellos escucha con visible impaciencia los períodos de su interlocutor, y logra con dificultad ahogar un bostezo irrespetuoso. El segundo personaje no tarda en conocer que está predicando en el desierto. En efecto, se detiene el jóven para contar las ventanas del Louvre y las girándulas de gas que se reflejan en las aguas del Sena. Terminado su cálculo, y viendo que las amonestaciones siguen su curso, se pone á escuchar el ruido del rio al pasar por debajo de los arcos de bronce del puente de los Santos Padres, y finalmente parece absorto en la contemplacion de un magnífico efecto de luna en las olas.

— ¡Conclusion! dijo de repente el sermonero; Pablo, es menester que te cases sin demora.

— ¿Está Vd. soñando, querido tio? exclamó el jóven volviéndose hácia su interlocutor.

— Gracias á Dios que ya me escuchas, dijo entonces el tio á su sobrino. Vamos adentro; me atormentá mi reumatismo, y podria jugarne una mala pasada.

Nuestro banquero rayaba en los cincuenta. La vida sedentaria que entonces hacia, habia aumentado su ca-

pital primitivo y desarrollado por demás su abdomen. El uno y el otro seguian las leyes de una progresion geométrica creciente que era necesario contener, so pena de alcanzar el guarismo de la fortuna de Rothschild y de morir de un ataque apoplético.

M. Bruno (que así se llamaba el banquero) resolvió aceptar 800,000 francos que se le ofrecian en cambio de su clientela, y comprar en las cercanías de Ingouville las tierras y la quinta de Rocheblanche, deliciosamente situada, en donde podria entregarse al ejercicio de la caza y combatir los progresos de la obesidad.

Quedábale sin embargo un negocio importante por concluir ántes de llevar á cabo sus proyectos de retirarse á buen vivir. Las amonestaciones que acababa de dirigir á Pablo no eran otra cosa que un prelude indispensable para llegar á esta terrible conclusion: « Es menester que te cases. »

Tutor de su sobrino, M. Bruno habia escrito su nombre en la lista de los socios de la casa de banco.

Habiendo visto Pablo que en el espacio de cuatro años se habia duplicado su pequeña herencia, se mostraba sumamente atento con el precioso tio á quien debia su fortuna.

Hacia sin embargo un mes que parecia decidido á administrar personalmente sus fondos, y se emancipaba

hasta el punto de recordar que era mayor de edad cuando se le pedia alguna explicacion acerca de ciertas sumas considerables sacadas de la cuenta de su tutela. Pero en esas discusiones suscitadas por su tio, nunca salia Pablo de los límites del respeto.

— Siéntate, dijo M. Bruno á Pablo, viendo que se quedaba en pié cerca de la ventana. El matrimonio de que te voy á hablar es un negocio magnífico para tí.

— Le agradezco á Vd., tio mio, el cuidado que se toma por mis intereses; sin embargo...

— ¡Silencio! Me parece que podrias oirme ántes de entrar en el capítulo de las observaciones.

— Le escucho á Vd., dijo Pablo, tomando el semblante de una víctima que va al sacrificio.

— Cuando me decidí á sacarte de Dieppe para traerte á Paris, continuó el tio Bruno, acababa de casar mi hija con uno de los comerciantes mas ricos de Marsella, noble por mas señas, el conde de Montbreuil, que no se desdenaba rehacer, por medio de una industria honrosa, la fortuna de sus antepasados destruida por la tormenta revolucionaria. Una muerte prematura disolvió ese matrimonio. Tu prima queda, pues, libre, es muy hermosa y no tiene hijos; duplico en tu favor su dote primitiva, y serás mi yerno.

— Ni yo conozco á mi prima, exclamó Pablo sobre- cogido.

— Cierta que no la conoces. Desde sus mas tiernos años tuve que encerrarla en un colegio, porque además de ser viudo estaba constantemente viajando. Pero poco importa; te aseguro que es jóven y hermosa.

— ¿Y quién le asegurará á Vd., querido tío, que yo le agradaré?

— Quisiera ver; vive Dios! que no se enamore locamente de tu persona.

— Pero sin embargo...

— Vamos, calla, prosiguió M. Bruno; ya sé que eres modesto. Has de convenir sin embargo en que hasta ahora no has podido quejarte mucho de los rigores del bello sexo. ¿No eres acaso el primero de nuestros leones? En todas partes te citan como un tipo de elegancia. ¿Dónde encontrarás facciones mas nobles que las tuyas, un porte mas majestuoso, una barba mas negra y mejor aliñada? ¡Mala peste! ¡Ni al Apolo de Belvedere le aconsejaria que compitiese contigo! Queda pues convenido que te casas con mi hija.

— No, tío, dijo Pablo con firmeza. Esté Vd. persuadido de que siento profundamente no poder acceder á su deseo.

— ¿Qué significa ese lenguaje, caballero?

— Significa, querido tío, que en la imposibilidad de hacer feliz á vuestra hija, solo me resta rogar á Vd. elija para ella otro partido.

— Entónces, señor sobrino, se servirá Vd. explicarme los motivos de su negativa.

— Mas tarde los conocerá Vd. Por ahora, no puedo revelar un secreto que no es exclusivamente mio.

— El secreto que me ocultais, caballero, lo conozco.

— ¿Usted? tartamudeó Pablo, en cuyo rostro se traslució no poca emoción.

— Yo mismo; y sin mas rodeos es este: ama Vd. á la baronesa de Aurillac.

— ¡Dios! Cómo se hace...

— ¿Que tengo tan buenos informes? No me conviene decirselo á Vd., señor sobrino. Hace seis semanas que encontré Vd. por primera vez á esa baronesa.

— Es verdad.

— No descansó Vd. hasta que se hizo presentar en sus salones.

— Lo confieso.

— Agradecida por vuestras constantes atenciones, no tardó la dama en permitirnos las visitas de la mañana. Desde entónces, le comunicó á Vd. todos sus secretos. Le insinuó á Vd. que graves consideraciones políticas exigian que recibiese á muy poca gente; le confesó á Vd. que un pleito con colaterales hambrientos ponía en cierto modo bajo secuestro la mejor parte de su fortuna. ¡Y qué sé yo qué mas? Semejantes cuentos son completamente inverosímiles; sin embargo, hace ocho dias tuvo Vd. la imprudencia de prestar diez mil escudos á esa mujer, cuya solvencia me parece mas que dudosa.

— ¡No titubearia en confiarla cuanto tengo! dijo Pablo herido hasta lo vivo por las sospechas que se le querian inspirar.

— En eso consiste precisamente tu imbecilidad. ¡Eres un loco! exclamó M. Bruno. Afirma la noble baronesa que ha colocado en una compañía de seguros los pocos fondos disponibles que le quedaban, y es muy natural que haya recurrido á tí para verificar el primer pago del palacio que acaba de comprar en la calle de los Santos Padres.

— Por manera, tío mio, que me habeis hecho espiar, dijo Pablo en tono de vituperio.

— Cierta que sí, señor sobrino. Pero no mas interrupciones, que aun no he acabado. Esta mañana la ilustre baronesa manifestó el deseo de ir al Havre. Este deseo era una orden para tí... siempre porque la dama tiene colocados sus fondos en una compañía de seguros, te propones sacar de mis cajas otros cinco mil francos para costear los gastos de su excursion de placer.

— Ni una palabra os he dicho aun sobre el particular, exclamó Pablo, cada vez mas sorprendido.

El tío Bruno se acercó á una de sus cajas fuertes, la abrió tocando un resorte oculto, y sacó de ella cinco billetes de banco, que entregó á su sobrino, prosiguiendo en estos términos:

— Tengo la costumbre de no contrariar las inclinaciones de nadie. Mi misma hija, ántes de contraer segundo matrimonio, quiere estar segura del afecto de su futuro marido. Ya puedes ir con la señora de Aurillac; y si no te basta el dinero que tienes en tu cartera, dirígete á Fevrel, mi corresponsal en el Havre. Tengo á tu disposicion el resto de tu fortuna. ¡Tanto peor para tí si te dejas engañar por una intrigante!

— ¡Ah, querido tío! es la mujer mas noble, mas llena de cualidades adorables...

— Y la mas diestra para hacer ver versiones á un tonto, sobre todo cuando es tan poco perspicaz como mi señor sobrino.

— ¡Ah! exclamó Pablo furioso, ¡me daréis una explicacion de esas palabras.

— ¡Poco á poco! ¿Si vendrás ahora á desafiarme?... Antes de llegar á este extremo con un tío que te quiere, te ruego te informes de cierto individuo que estaba ayer á solas con madama de Aurillac, y á quien hubieras visto echar á correr á tu llegada si no te cegase el amor.

Una palidez repentina cubrió el rostro del jóven. Habia creído ver en efecto, la vispera, la sombra de una persona debajo de una de las ventanas del salon de la baronesa. Antes que sospechar una traicion, habia du-

dado del testimonio de sus ojos; pero el discurso de su tío acababa de asaltar cruelmente su confianza. Y sin averiguar cómo habia podido saber tantos pormenores, exclamó:

— ¡Desgraciada, oh, sí! ¡desgraciada de ella si me engañase!... ¡La mataria!...

Y salió precipitadamente del gabinete de su tío.

¡Bien, muy bien! exclamó el tío Bruno cuando estuvo solo y riendo á carcajadas; aun no ha llegado al término de sus trabajos. Y ella ¿cómo saldrá del paso? ¡Vaya! el enamorado tendrá la culpa y habrá de comprar muy caro su perdon. Poco importa: mi amable sobrino se casará con mi hija.

En la mañana siguiente, el tren del ferro-carril del Havre se llevaba á madama de Aurillac y al sobrino de M. Bruno.

Es probable que la baronesa se hubiera justificado, porque el banquero recibió una carta concebida en estos términos:

« Ya se lo habia dicho á Vd., querido tío: es la mas noble y virtuosa de las mujeres. Ha convenido en la vista del mencionado personaje y en su fuga á mi llegada. Pero me ha dado á entender que motivos graves le impedian enterarme de las relaciones que existen entre ella y el hombre á quien recibe de un modo tan extraño. No me queda duda de que de todo esto son causa las razones políticas de que me ha hablado, ó quizá el eterno pleito. Y como insistiese todavía despues de una confesion tan franca, me preguntó con arrogancia si yo separaba el amor de la estimacion, y si le hacia el insulto de sospechar de ella. Me arrojé entónces á sus piés, la supliqué que me perdonase mi locura, y la acompañé á los baños de mar. No me acuse Vd. de ingratitud: siento que ya mi destino está unido irrevocablemente con el de la baronesa; me seria imposible amar á otra mujer.

» PABLO. »

— ¡Mi tilburí! exclamó el tío al terminar la lectura de esta carta, ¡y pronto al parador del ferro-carril!

Sin embargo, nuestros enamorados llegaron al punto de su destino. Dos dias despues de la llegada de Pablo y de la baronesa, hubo un gran baile en Frascati. Ya se habian refugiado los pelucones al rededor de las mesas de juego, y la orquesta tocaba una contradanza de Musard, cuando las bailadoras se miraron de repente con cierta inquietud llena de celos. Apoyada en el brazo de Pablo, madama de Aurillac entraba en el salon. Todos los hombres la acogieron con un murmullo lisonjero y la proclamaron reina del baile. Es menester confesar que la baronesa estaba encantadora.

Pablo y su compañera aun no se habian presentado en la sociedad de los bañistas; quisieron ver primero el Havre y sus cercanías. La vispera se habian ensillado en el patio del hotel dos magníficos caballos ingleses, y madama de Aurillac, graciosamente vestida de amazona y acompañada de Pablo, habia echado su corcel á galope al rededor del puerto y en la playa. Subieron en seguida al cabo de la Heve, y bajaron en direccion á Ingouville por extensas avenidas bordadas de elevados álamos y tilos. Habian dejado ya atrás á Ingouville y estaban en frente de la quinta de Rocheblanche. Conmovió desde luego á la amazona el aspecto pintoresco del punto: y echando en seguida al jóven una de esas miradas que nunca dejan de producir efecto, añadió con voz conmovida:

— He soñado á menudo que habitaba en un sitio como este, lejos del tumulto de las grandes ciudades, lejos de las intrigas del mundo. Veia desde mi ventana el mar, cuya inmensidad hacia pensar en Dios. En torno de mi retiro, grandes árboles como los de ese hermoso parque me enviaban su frescor con mil cantos de pajarillos.

— ¿Y en ese delicioso retiro vivia Vd. sola, señora? preguntóle su compañero.

— No siempre, contestó aquella. Un hombre cuya ternura habia sometido á las pruebas mas duras, me acompañaba algunas veces bajo las bóvedas de los árboles del parque, que cobijaban con su sombra nuestras largas pláticas. Mecíase nuestra barquilla en las olas de la mar, y toda la naturaleza celebraba con su sonrisa nuestra felicidad... ¿No es verdad, amigo mio, que era encantador mi sueño?

— ¡Oh, lo realizaré, lo realizaré! exclamó Pablo.

Una hora despues se presentó al corresponsal que le habia indicado su tío, anunciando á M. Fevrel que cuando mas tarde, dentro de cuarenta y ocho horas necesitaba 250,000 francos que aun le quedaban en las cajas de Bruno.

Pero ántes de la visita de Pablo, el corresponsal del Havre acababa de recibir otra, la del tío Bruno en persona. Por poco no se encuentra cara á cara el banquero y su sobrino.

— ¿Cree Vd. que su tutor aprobará el uso que va Vd. á hacer de este dinero? preguntó M. Fevrel al jóven.

— Estoy fuera de tutela, respondió Pablo.

— Sin duda; pero no queda Vd. exento de las consideraciones que debe á su tío. Soy uno de sus antiguos amigos, y me tomo la libertad de hacerle á Vd. algunas observaciones. Si son exactas mis noticias, quiere Vd. comprar la quinta de Rocheblanche, para ofrecerla en seguida á una mujer que le engaña á Vd.

— ¡Caballero!

— Permita Vd.; tengo pruebas. Ayer, madama de

Aurillac dió una cita en el pabellon situado al extremo del jardin del hotel en que Vd. se ha hospedado.

— Es imposible. Dejé á la baronesa á las nueve, y se retiró entónces á su aposento.

— Sin duda; pero una escalera escusada le permitió salir de él sin ser vista.

— ¡Calumnia!

— Quizá esta esquela escrita por ella le convencerá á Vd., dijo el corresponsal entregando á Pablo un papel. El jóven conoció la letra de la baronesa, y leyó consternado las siguientes líneas:

« Nos ha seguido Vd.; está muy bien. Podremos vernos hoy y los dias siguientes, de nueve á diez de la noche. Viva Vd. oculto hasta nueva orden.

» BARONESA DE AURILLAC. »

Cinco minutos despues, Pablo, pálido de furor y devorada el alma por todas las serpientes de los celos, entraba en el aposento de su novia, cuya traicion se hacia evidente.

— ¡Dios mio! ¡qué miradas de Othelo me lanza Vd.! dijo la baronesa, dando algunos pasos hácia él. ¿Si irá Vd. á tratarme como á la pobre Desdemona? Estoy segura de que sabe Vd. de mi paseo nocturno al pabellon del jardin...

— Sí, señora, ¡merced á esta esquela! dijo el jóven concentrando su ira.

— ¡Mire Vd. que imprudencia cometí!... Esta es mi firma; lo confieso con toda humildad, y espero que pronuncie Vd. mi sentencia.

— Justifíquese Vd., señora; ¡oh, justifíquese Vd.! dijo Pablo juntando las manos y en tono de súplica.

— Si exige Vd. que le dé la llave del enigma, respondió la baronesa, será menester que se despidiera Vd. para siempre de mí, porque considero como un ultraje las sospechas de Vd. Ya por segunda vez me juzga Vd. por apariencias engañosas. Ordene Vd., caballero; estoy pronta para darle á Vd. todos los pormenores que me pida.

(Se concluirá.)

E. DE M.

Influencia de las habitaciones.

Cosa es comprobado hasta la evidencia que las mas pequeñas causas producen á las veces grandes efectos, y que con mucha frecuencia los mas notables acontecimientos de la vida se deben á pequenezes insignificantes en la apariencia, pero que analizadas por el espíritu de observacion, se convierten en jirodromos, en causas predisponentes y aun determinantes de grandes trastornos cuyo origen no se estudia por lo regular con el debido detenimiento, lo cual á nuestro entender es una lastimosa incuria. El vaso de agua vertido puede lo mismo resucitar una pobre semilla á quien un dia mas hubiera borrado de la vida de las plantas, que producir una guerra; y una liga que se desprenda de una pierna femenina dar origen á una orden de caballería, lo mismo que al sonrojo de una niña que pone al descubierto media vara de hiladillo donde se supone un rico broche y una roja y rizada cinta de raso.

Pero no hablemos de esas causas cuyo resultado es tan inapreciable *a priori*, y tan falible como los pronósticos del calendario y las cábalas de la lotería primitiva, y procuremos elegir entre las infinitas que nos rodean, una, cuya tendencia constante y cuya marcha uniforme se presenta tan clara y distinta ante los ojos de la reflexion como sus resultados ante los de la cara; y apoyados en la fuerza de los hechos y de la lógica, procuremos hacer el estudio de ella, tanto cuanto alcancen nuestro criterio y nuestra observacion. No os asustéis sin embargo queridas lectoras y benévolos suscritores, pues no trato de escribir un curso de filosofía, sino lisa y llanamente un artículo de variedades que entretenga vuestros ocios con tanto provecho, al ménos sino tan dulcemente como madama Stowe, Eugenio Sue y comparsa, en sus respectivos opúsculos humanitarios.

Ni os figureis tampoco que al considerar las habitaciones, sótanos, desvanes y jaulas que el siglo nos ha llamado á ocupar, voy á descender á una serie de consideraciones higiénicas, sobre la conveniencia ó peligro de que las casas se alquilen ántes de que las hayan desocupado los albañiles, ni que me pondré á computar los piés cúbicos del aire que necesita un pulmon humano para dilatar desahogadamente su areola, ni el espacio de tiempo que debe mediar entre una y otra renovacion de ese alimento de los camaleones, ni que me ocuparé tampoco de esos tabiques de cartulina que se han hecho transparentes á la voz, y que si Dios no lo remedia llegarán á ser tan diáfanos como los desdenes de una soltera de treinta ahriles y tan sólidos como las protestas de fidelidad de una niña de quince; de esas paredes maestras que han dado una leccion á mas de cuatro incautos poniéndosele por montera; de esas viejas verdes arquitectónicas que adobándose el rostro con almagre y clara de huevo, y charolándose los zapatos de granito, creen trasmigrar con segura planta á la futura generacion, confiando en la fuerza de su voluntad únicamente, y encubriendo su deleznable y calizo calvario con un prendido *ático* que hemos convenido en llamar *sotabanco*, sin contar con las leyes de la gravedad, y teniendo apénas en consideracion las del equilibrio de los cuerpos.

Nada de eso. Abandonemos á la higiene pública y

privada el exámen de las primeras consideraciones, y a la policía urbana las segundas, y procuraremos dar á conocer la influencia que ejercen las habitaciones sobre las costumbres, sobre los lazos de familia, sobre la vida doméstica, considerada con relación á sus dimensiones.

Quien no haya fijado su atención sobre esta significativa, elocuente y denunciadora página de la vida íntima, el que no haya hecho la observación de que una mampara, una cortina, (portier como decimos hoy) interrumpe mas aun que las corrientes del aire y los rayos de la luz, las corrientes de amor y los rayos de la intimidad doméstica, reflejando el cariño desinteresado y produciendo de una manera física el egoísmo á causa de esta reflexión; el que no se haya puesto á establecer comparaciones entre lo físico y lo moral, y no haya comprendido que los instintos de la prole, que los ecos del amor conyugal, que los gritos del amor filial se debilitan en razón directa de las distancias, ni mas ni menos que los sonidos, cuyas vibraciones se pierden en las últimas capas de aire que logran apenas conmover; que el amor de una madre, infinito siempre pero sujeto á la inflexible ley de las distancias; ese amor que se irradia uniforme en círculos perfectos y concéntricos sobre toda la prole por numerosa que sea, es semejante á la ola que nace gigante y se disminuye con relación á los espacios que van abarcando sus círculos perfectos y concéntricos, aunque terminando solo donde termina la superficie del agua ó de la vida, es decir en la orilla, en el confin de la tierra, en el límite de su existencia, en el sepulcro; el que no haya hecho jamás serie de reflexiones y comparaciones, se hallará un tanto sorprendido al vernos hacer la apología de las habitaciones reducidas, cosa que de paso sea dicha, parece han tenido muy en cuenta nuestros modernos churigueros si bien con algo de exageración á nuestro modo de ver.

Sí, señor, abogamos por las habitaciones pequeñas, por mas que esto suene mal en los oídos de los almancenistas de muebles, adornistas, tapiceros, papelistas, prenderos y demás personas interesadas en que todos habitemos en palacios, y abogamos por las habitaciones pequeñas en pro de la moralidad, de la felicidad doméstica, de la buena armonía, de la intimidad de la familia, y por habitaciones tan pequeñas como lo consiente la higiene, es decir, un poco mayores que las jaulas modernas, y un tanto mas reducidas que los graneros antiguos.

Sin meternos á dar mas explicaciones sobre la manera con que esta causa de constantes efectos imprime su influencia en los diversos lazos de la familia, pues ya dejamos apuntadas algunas reflexiones con que puede el lector formar su composición de lugar en este asunto, concretémosnos á hacer una ligerísima reseña de las observaciones que nuestra experiencia poca ó mucha, bien ó mal cimentada, ha recogido en tan importante materia.

Por regla general cuando al llamar á la puerta de una casa, se percibe apenas el tardo y lejano sonido de la campanilla, debe uno ponerse muy en guardia contra la felicidad doméstica de sus inquilinos. Conviene advertir que no hablamos aquí de las casas de huéspedes. El tiempo que media entre la apelación metálica y la pregunta gutural del portero, criado, doncella ó cocinera, es ya un síntoma de gran valor. Ese tiempo supone un viaje al despacho ó al gabinete para saber si el amo ó la señora están visibles, frase de origen moderno, que entre paréntesis, hace muy poco favor á la generación actual; antiguamente todos estaban visibles menos los que tenían cuenta con la justicia; tal vez había que esperar á que el dueño de la casa se vistiese, pero se esperaba en la sala ó en el despacho, es decir, en esos santuarios hoy casi inaccesibles, y no en un recibimiento, donde despues de sabido su nombre se hace penetrar al recién llegado.

Una oscura y espaciosa antesala rodeada de banquetes, una telegrafía complicada de campanillas, una sala interceptada y defendida por mamparas y tapices, un silencio monótono y triste interrumpido de vez en cuando por el lejano ruido de una puerta impulsada violentamente por su muelle, ó por el ruido metálico de algún sonoro timbre, tañido que hace levantar apenas la indiferente cabeza á un corpulento perro de Terranova, hospedado ricamente en un espacioso recibimiento, son datos muy sospechosos, son tristes indicios, son premisas de muy deplorables consecuencias.

Al lado de estos síntomas de mal agüero colocaremos su reverso, es decir las condiciones topográficas y locales que hacen formar su buen pronóstico de la felicidad doméstica. Cuando al ruido chillón y cercano de la campanilla se unen las risas ó lloros de un niño, excitadas ó acalladas por el monótono canto de una niñera y el ladrido gruñón de un gosquecillo cascarabias que olfatea por debajo de la puerta la proximidad de una persona extraña; cuando sin terminar las últimas vibraciones metálicas la puerta se abre de par en par despues de un quien es Vd., de mera fórmula; cuando la enunciación del nombre y de la categoría del visitante se comienza con el criado ó criada y se termina con el dueño de la casa que se adelanta á recibirle, entónces ya es otra cosa; las probabilidades están en favor de la felicidad conyugal, de la intimidad doméstica, del verdadero bienestar, de la buena moralidad de los inquilinos.

Cuando un marido tiene su departamento aislado y puede salir y entrar de la casa sin que de sus entradas y salidas se entere mas que el portero ó la portera, es muy de temer que tenga mas intimidad con esta que

con su esposa, que vive tambien en una triste independencia. Cada estancia que se interpone entre los conyuges, es una helada laguna sobre la que se concretan, se congelan y mueren los ardientes vapores del amor conyugal, cuando no son fétido pantano que envuelve en sus impuras emanaciones los odios íntimos, los criminales deseos, las intrigas domésticas; de donde se deduce que el cariño del matrimonio, ese cariño de elección, que bien sentido y bien guiado se abrianta con el roce, se purifica con el trato y se acrecienta con la proximidad, se puede medir por piés y por varas, sin riesgo de equivocarse.

Esto, sobre poco mas ó menos, y con las modificaciones que nacen de los diversos vinculos, sucede con el amor filial, con el cariño fraterno, y aun con la misma amistad que no se halla exenta de la influencia constante de las distancias.

Verdad es esta que nadie puede menos de conocer cuando se presenta en mayor escala. Los mas fervientes votos de amor se estrellan contra la ausencia; al extender sus matronales alas sobre implume y desvalida prole, la viajera golondrina no tiene sus recuerdos para los hijos que el anterior verano ocuparon el mismo nido, y que á su vez perdieron en la ausencia la memoria y el agradecimiento de los cuidados maternos. El tiempo es á los dolores lo que la distancia al cariño, los dias son leguas, los años dilatadas comarcas; un siglo es la inmensidad de los mares.

Pero á nuestro modo de ver no se ha fijado lo bastante la influencia de estas causas cuando retrocediendo en la escala se llega á los límites del hogar doméstico, y como en buena lógica la ley debe permanecer la misma lo cual está demostrado hasta la evidencia por los hechos, hemos tratado de consignar estas observaciones para llamar la atención sobre estos síntomas de la vida de los pueblos que son á veces característicos de sus grandes afecciones morales.

Creedme, queridos lectores, allí donde vean que el dueño de una casa para salir de ella tiene que tropezar con la esposa que borda ó cose, con el chiquillo que se atraviesa en la puerta del despacho apostrofado en coro por la pregunta de « ¿dónde vas? » allí donde la hija arregla la corbata de su padre, le mete en el bolsillo los cigarros y le acompaña saltando hasta la puerta, allí donde veais la mesa de escribir ocupada igualmente por el bastidor de bordar, y los libros por la gorra de dormir y la bayeta negra, por la pluma y el dedal, por el empezado expediente y la media puesta en agujas; allí donde veais el tocador de la señora obstruido con los juguetes de los chicos, la libreta del gasto doméstico y el chaleco del marido; allí respirais libremente porque respirais una atmósfera de felicidad; entrad tranquilos porque no estorbais nunca, sed francos porque no hay misterios. Aquella mansion pobre ó rica, encierra la paz, el bienestar, los verdaderos goces de la vida.

Y aquí suspendo mi tarea, que seria interminable si adujese en corroboración de lo que trato de demostrar, los infinitos datos que se agolpan á mi memoria; pero que salvarian los límites de un artículo de *Varietades*, y que me reservo por si alguna vez trato de agitar mas extensamente la cuestion de la influencia de las habitaciones.

JOSÉ BRAVO.

Revista de la moda.

SUMARIO.— Siguen hablando las mesas. — Evocación de los espíritus. — Los lápices magnetizados. — Interrogatorio de un consejo de Estado y respuesta de un velador. — Contestación de una mesa á un millonario. — Nuevos trajes de invierno. — De los chalecos á la moda. — El frac negro se vuelve prenda de fantasía. — Transformación de los sombreros. — Descripción del figurín.

Ahora que todo el mundo sabe que los rusos y los turcos se están batiendo, la gente vuelve á ocuparse otra vez de las mesas que hablan y de los espíritus. A falta de oposición y de política, los salones tendrán espíritus fieles y subordinados que se aparecerán en ellos como sombras chinescas. Será una verdadera historia mágica del pasado, donde cada cual vendrá á confesar sus errores y á decir lo que encierra el sepulcro. Y esto no es una broma, pues hombres graves, y aun gente religiosa, entabla conversación con Luis XVI, con Luis XVII y con Juana de Arco. Cuidado, lectores míos, pues soy capaz de magnetizar un día el velador de mi sala, y de hacerlos atravesar los mares para descubrir vuestros mas íntimos secretos. Si las mesas continúan hablando, la sociedad corre un gran peligro.

Los muertos que acostumbraban ántes á dormir sosegados en sus tumbas, van á estar mas perseguidos y atormentados que los vivos.

¿Estamos en el siglo XIX ó hemos retrocedido al tiempo de las brujas? Paris se vuelve tan supersticioso como lo fué cuando se llamaba Lutecia. Cuando reflexiono en la fiebre magnética y nigromántica que agita y trastorna Paris en este instante, me represento á la hermosa reina Margarita, á la altiva Catalina de Médicis, á la rubia duquesa de Nevers, y á todas las graciosas y encantadoras mujeres de aquel tiempo corriendo á casa de los astrólogos en busca de talismanes de amor, de poder y de gloria.

¡Ah! si un astrólogo de entónces se hubiese atrevido á publicar que un lápiz fijo en una tabla donde ponen la mano dos personas, obtenía de los espíritus que escribieran ellos mismos su nombre y las respuestas á las preguntas que se les dirijan, habria sido quemado inmediatamente en la plaza de Greve ó en el patio de la Sorbona.

Pues bien, ahora mismo acabo de leer en un periódico ciertas historias que quiero estampar aquí para la admiración de mis lectores:

Uno de los mas célebres consejeros de Estado, M. de R..., es un hombre apasionado hasta lo sumo de la ciencia electromagnética.

El domingo último por la noche, M. R... magnetiza una mesa, y la interpela de este modo:

- ¿Quién eres?
- Uno de tus antepasados.
- ¿Cómo te llamas?
- Gaspar.
- ¿Cuándo has vivido?
- En tiempo de Carlomagno.
- ¿Cuál era tu oficio?
- Pastor.
- ¿Estás en el paraíso?
- No.
- ¿En el infierno?
- No.
- ¿En el purgatorio?
- Sí.

M. R... jura bajo su palabra de honor que todo esto es verdad y que no inventa nada de la escena.

En la misma tertulia, una jóven y linda señorita consulta igualmente una mesa.

- ¿Eres un espíritu masculino ó femenino? la pregunta.
- Masculino.
- Entónces écheme un requiebro.

Y el espíritu responde:

— Estoy celoso, porque te amé, y te casaste á pesar mio.

Seria imposible trasladar todos los prodigios que están haciendo las mesas.

Los eruditos pretenden que este asunto de las mesas giratorias no es cosa nueva. Hace dos mil años que esta maravilla se conocía en Roma, pues Tertuliano escribe en sus cartas: « Las mesas han tomado la costumbre de pronosticar el porvenir. » Hace cuarenta años el obispo de Auxerre prohibió este ejercicio de hacer hablar á las mesas.

Pero voy á terminar con otra anécdota bastante curiosa sobre el asunto.

Ultimamente un millonario convoca en su casa á una reunion de amigos; se acerca á una mesa que disfruta de su confianza, y al cabo de un cuarto de hora de ejercicio exclama:

- Mesa, ¿quién eres?
- Un espíritu puro.
- Y yo ¿quién soy?
- Un tonto.

La reunion se disolvió sobre la marcha.

Estas digresiones me han alejado de la moda masculina, y voy á reparar el tiempo perdido.

La vuelta á Paris de la gente elegante ha sido la señal de las novedades. Los trajes de visita en la alta sociedad se componen de un frac negro ó azul inglés, con chaleco de valencias bordado. El chaleco es siempre la prenda mas lujosa. Las telas que mas se emplean son el piqué blanco liso ó labrado, la seda con estampados en fondo claro y algunos bordados de hilillo de plata: todos se hacen de chal muy abierto. Se ven muy pocos con las solapas de otra tela, rareza muy á la moda el año último, pero de muy mal gusto en el dia. En cambio los transparentes hacen furor; los transparentes figuran un doble chaleco, porque se colocan por dentro.

El frac negro se vuelve de fantasía, porque las solapas se cubren de seda rayada, satinada ó lisa. El muaré no se usa ya para este objeto. Los botones se ponen de seda ó de terciopelo satinado, pero en los fraques azules están mas bonitos los botones dorados.

Los ribetes parecen haber desaparecido enteramente del dominio de la moda; en los paletós y levitas de invierno, sea cual fuera la tela, se reemplazan con un respunte á la distancia de medio centimetro del borde, y este mismo respunte se ve tambien por abajo y en las bocamangas. Solo los chalecos de fantasía se exceptúan de la regla general, pues por lo regular se ribetean con un galoncito de seda. Los de valencias, casimir ó cachemira se respuntean como las levitas; los de seda se respuntean tambien á cordoncillo, ó llevan un galoncito cosido llano.

Hablemos ahora de los sombreros, que experimentan en este instante una reaccion completa. Ya se acabaron las alas á la inglesa, y las formas derechas se modifican en cuanto á la anchura; las alas mucho mas grandes se ven ya infinitamente mas desarrolladas. Dos géneros mas distintos obtienen la preferencia: el de visitas de dia y el de mañana.

Los sombreros de vestir se hacen de felpilla negra lo menos reluciente posible. La altura de forma varia de 20 á 21 cent.; las alas de 6 cent. 5 milímetros siguen siendo aplastadas por detrás y por delante, y solo están abarquilladas por los lados. La cinta así como el ribete se ponen de seda rayada de 2 cent. de anchura.

La segunda forma, considerada como de fantasía, se hace de fieltro ó de castor negro de pelo corto. La copa tiene 21 cent. de altura con 8 cent. de anchura.

Concluamos con la descripción del figurín donde se ven los trajes mas nuevos y elegantes.

En primer término hay un jóven de 25 años vestido de paseo. Lleva una levita de edredon color bronceado, forrada de seda; cuello y solapas con armadura de seda. A la derecha lleva verticalmente un bolsillito poco profundo para el dinero; lo que evita la incomodidad de desabotonarse á cada instante para sacarlo del pantalón ó del chaleco.

Regularmente con estas levitas no se lleva nada debajo, si no es un chaleco de cachemira, con solapas cruzadas sobre el pecho.

Pantalón escocés con banda al lado, género derecho de piernas, cayendo naturalmente sobre el pié, y sostenido por una trabillita.

El jóven que viene despues lleva un hermoso negligé de ma-

ñana. El sobretodo, de fieltro natural, es muy notable por su corte sencillo y holgado; el cruzado de las solapas es muy ancho, aunque no lleva mas que una hilera de cuatro botones, de los cuales solo tres quedan á la vista; solapa y cuello pequeños, redondos en los ángulos y cubiertos con una telilla de cuadrados; mangas muy anchas con dos costuras abiertas redondeándose por abajo, y sin bocamangas. Por dentro se forra con seda de la China, ó con la misma tela que se ve en las solapas y en el cuello: en ambos casos se forran de seda las mangas.

Debajo se puede llevar un frac de montar, ó una levita recta, con un chaleco abotonado á la inglesa mas ó ménos alto.

El pantalon que por su forma se llama de montar, es semi-ajustado de piernas y muy estrecho por abajo; la tela es tan original como el corte.

El tercer traje del hombre que está sentado es para visitas de cumplimiento y para las comidas de ceremonia. El frac es de paño negro respunteado todo él á borde abierto; talle largo, á unos 3 cent. del busto; mangas anchas y faldones cuadrados por abajo, con una buena anchura y bastante largos. Cortado

para no abotonarse, este frac, deja á descubierto un precioso chaleco de *radzimir* negro, cuyo chal va forrado de muaré blanco; bajo este chal se pone un bonito transparente de terciopelo *epinglé* color de rosa.

Pantalon de satin negro de lana, con trabillas de lo mismo. Viene despues un jóvenito vestido con un paletó azul á la inglesa, género semi-ajustado.

Bajo los paletós llevan los niños un chaleco de casimir. El pantalon es de punto *chiné*, ancho de piernas y sin trabillas. Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Recuerdos de un viaje á la California.

EL CAPITAN LIPANCHO.

Este jóven de diez y siete á diez y ocho años acaba de suceder á su padre como capitán de su tribu. Hombre de carácter dulce, ha sabido acomodarse á vivir en buena inteligencia con los nuevos habitantes. Se presenta con frecuencia en la Sonora con algunos hombres y mujeres de su tribu, y se ha observado que estas son horriblemente feas.

Lipancho cuyo carácter he estudiado, es tímido, reflexivo y enemigo del trabajo, aunque no tanto como los otros de su raza. Le hemos convidado á permanecer algunos dias en la fonda donde residimos, donde solia ocuparse en buscar leña y agua, pero esta vida debió cansarle pronto y se marchó á reunirse con sus paisanos. Es muy diestro en tirar la flecha, como que suele casi siempre atravesar un real mejicano á veinticinco pasos de distancia. En el momento en que yo hice su retrato llevaba su *mascala* (especie de turbante) enriquecida de perlas comunes, y su *patatata* (plumero) compuesto de plumas de un ave cuyo nombre expresado en nuestra lengua equivale á *carpintero*, y la dan este nombre porque suele abrir en los árboles agujeros con el pico lo mismo que pudiera hacerlo un carpintero con sus herramientas, produciendo un ruido que daría algún miedo á los que le oyesen en el desierto. Su plumaje es notable tambien y producen muy buen efecto algunas plumas rojizas que se destacan sobre su fondo negro.

Lipancho sabe contar hasta 10. He aquí como se explica tomando sus dedos para contar:

Queñé, 1 — Otico, 2 — Totocoso, 3 — Oisa, 4 — Masoca, 5 — Temoca, 6 — Quenecoco, 7 — Caimta, 8 — Oué, 9 — Natcha, 10.

Su diccionario se compone de pocas palabras; he aquí algunas:

Yusé, cabello — Topele, frente — Souté, ojo — Pigüe, pestaña — Nito, nariz — Auó, boca — Tisé, mano — Oaquisé, barba — Sumutchelo, bigote — Cacé, cigarro de papel — Pepten, dientes — Culnauo, brazo — Lula, cuello — Uatchicho, pierna — Tamquelo, pecho — Cutcha, arco — Nate, pié — Tocotocma, flor — Quico, agua — Angoga, California.

El buen Lipancho nos queria mucho porque siempre que venia á visitarnos le dabamos de comer. En una de sus visitas le seguí para visitar algunas grutas bellísimas que existen á tres ó cuatro leguas de la Sonora, y en esta excursion pude apreciar la prudencia de mi buen guía.

Antes de llegar á las grutas y despues de haber subido una montaña escarpada, sentimos cerca de nosotros un ruido extraño que despues vimos ser producido por un oso. Yo tomé precipitadamente mi escopeta, y ya iba á hacer la puntería cuando me detuvo Lipancho con un ademan de espanto, haciéndome comprender que si tiraba y erraba el tiro, íbamos á perecer, mientras que la fiera pasaria tranquilamente si no nos metiamos con ella. En efecto, el oso despues de mirarnos tomó

el trote y se alejó pacíficamente de nosotros. Aquel oso, el único salvaje que yo he visto á tan corta distancia, era de un mediano tamaño, tendria sobre tres piés y medio de alto, y su pelo se parecia mucho al de los osos de los Pirineos, aunque el tinte amarillento era ménos pronunciado. Estos osos no acometen regularmente al

de cinco ó seis metros de altura en algunos puntos.

En el verano apenas pasa un chorro de agua; pero en el invierno es un verdadero torrente que se hace oír á una legua de distancia y continua labrando su obra allanando los obstáculos que parecia haberle impuesto la naturaleza. Estas grutas llamadas Coyotes á causa del gran número de animales de este nombre que por allí transita. El coyote es un chacal que no suele acometer al hombre, y yo hice esta experiencia en uno de los viajes que emprendí desde Stockton á la Sonora. A la mitad de mi viaje perdí el camino y tuve que pasar la noche en el desierto en compañía de un amigo. Estenuados de cansancio no tuvimos ánimo para hacer una hoguera, medio seguro para alejar á las fieras, y envueltos en unas mantas nos quedamos dormidos. Serian las dos de la mañana cuando despertamos atronados por aullidos espantosos; mas de cincuenta cohortes nos cercaban, pero no se atrevian á acercarse á nosotros; nos levantamos, y ántes que pudiesemos descargar nuestras escopetas se habian alejado á gran distancia.

Llegados á la gruta de los Coyotes oí un ruido que se asemejaba mucho al de un grande animal que andaba por un lugar empedrado. Sorprendido por este ruido que interrumpia aquella soledad, me acerqué con precaucion para ver lo que allí habia, y escuché una voz humana que empezó á cantar el célebre himno de los Girondinos. El que cantaba era pues uno de los mineros franceses instalados en aquellas grutas y ocupados en la explotacion de sus preciosos minerales. Despues de una hora de contemplacion abandoné aquel caos y me dirigí hácia Stanislaus, rio ancho y profundo.

Serian las siete cuando llegué á Mac-Leans ferry, donde pasé la noche. Un *ferry* es un barco para pasar el rio.

Lipancho se despidió de mí y se fué á su tribu; pero ántes de marcharse me dió su arco, sus flechas y su aljaba en cambio de algunas monedas con que queria comprarse unas botas que era lo que mas deseaba.

Al dia siguiente emprendí la contramarcha hácia San Francisco, y cinco meses despues la Sonora habia perecido bajo las llamas.

No quedan mas que algunas casas de las mas excéntricas. Volví á este punto y hallé de nuevo á Lipancho que me mostró con orgullo sus botas, pero ya estaba muy cambiado. Su mirada tan dulce en otro tiempo se habia embrutecido, y sobre su frente sombría cruzaban á veces rayos de ferocidad. Al principio de nuestras relaciones, cuando se le ofrecian licores fuertes, respondia que « un capitán debía dar buen ejemplo, y que un hombre borracho era mas peligroso que un lobo. » El pobre habia olvidado el precepto y ya bebia mas de lo regular.

Yo he sido testigo de la muerte de muchos indios por la borrachera; puede considerarse el abuso de los licores como una de las causas que hacen desaparecer estas tribus que han dejado de ser salvajes, y que sin embargo no quieren civilizarse.

H. N.



El capitán Lipancho, tipo de la raza indiana del Sur.

hombre mientras que los osos negros, tan numerosos en aquellos parajes, son los animales feroces y de dimensiones colosales, pues yo he visto uno de la altura de un buey.

Continuamos nuestra marcha y pronto llegamos á la gruta de los Coyotes.

La naturaleza ha trastornado completamente sus alrededores; por un lado hay rocas enormes de setecientos y ochocientos piés de elevacion, sin vegetacion alguna, por otro hay tambien rocas pero cubiertas de árboles que salen por los intersticios de las piedras; mas léjos un monton de rocas que han rodado hasta el fondo de un torrente, interceptando su curso, de modo que las aguas han minado poco á poco el terreno concluyendo por abrirse un paso que hoy forma las grutas

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 15 »
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 13 50 macq.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESES Y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 »
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA Y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 »

Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 »
— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 »
Un número suelto.....	3 rs. fs.
— VERA CRUZ Y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.